

tendidos en el mismo ó peor estado; los artilleros sufrían los efectos de un fuego horroroso, y las restantes fuerzas no habían podido pasar aun de la entrada de la calle.

Por la plaza de la Merced no eran menos desgraciados los esfuerzos de la tropa: los Voluntarios, fuertes en su bravura, la habían rechazado por dos veces y sostenían el tercer ataque con ánimo esforzado.

Entonces, el teniente coronel Morales de los Rios que se había encargado del mando, dispuso que cesara el fuego de cañon, y á ejemplo de lo que por la mañana había hecho Terrier en la calle de las Mantas, formó su columna y mandó cargar á la bayoneta sobre el Mercado.

VII.

Sonó la corneta, oyéronse las voces de ¡adelante! y ¡á ellos! con que los gefes y oficiales procuraban animar á la tropa, pero esta no se movió. Los soldados hallábanse aturdidos en medio de tanta destruccion. Los oficiales pateaban de corage; las filas clareaban.

Morales de los Rios colocóse al frente de la columna y el toque de ataque repitióse por vez segunda; la tropa púsose en marcha.

Los Voluntarios envanecidos por la victoria de la mañana y adiestrados en el combate, esperaron firmes la carga, pero con gran sorpresa notaron que la corneta volvió á enmudecer y los soldados á detenerse.

Eran ya cerca de las tres; el eco de la campana de los Santos Juanes dominaba aquel grande tumulto. Un comandante de la Milicia que con algunos de los suyos encontrábase á la esquina del Principal, al ver aquella detencion inesplicable de la tropa despues del toque á la bayoneta, volvióse á un capitán y le interrogó con la mirada. Por toda contestacion, este sacó el reloj del bolsillo y enseñándoselo dijo con admirable laconismo.

—Son las tres menos diez minutos, la corneta ha sonado dos veces, la tropa no ha avanzado; si á la tercera no se nos echa encima, tendrá que retirarse.

El fuego continuaba terrible y mortífero; pasó una hora; al cabo volvióse á oír en la estrechez de la calle de San Fernando el estridente toque de ataque, ejecutado con rabia, y lanzado al aire en agudas y prolongadas notas.

¡Adelante muchachos!—gritaba Morales;—los soldados no osaban menearse y se retiraban á las aceras para guarecer su cuerpo, y los oficiales llevábanlos á empujones y á sablazos sin conseguir hacerlos avanzar.

La tropa enviada para atacar la plaza de la Merced se retiraba ya desconcertada y rechazada con grandes pérdidas.

La lucha amenazaba prolongarse hasta la noche, las bajas eran considerables, los *insurrectos* no cedían, las descargas aumentaban, eran ya las cuatro, y la tarde caía.

Viendo lo inútil de sus esfuerzos y por otra parte sabiendo también el mal resultado de las operaciones llevadas á cabo por las demás columnas, Morales de los Ríos ordenó la retirada á los suyos, y después de recoger sus muchos heridos y de llevar á vanguardia sus cañones, abandonó la calle de San Fernando, de que en cuatro horas y media de fuego no se había podido apoderar, y encaminóse á la plaza de San Francisco donde tomó posiciones, dejando á los *insurrectos* con la satisfacción de su gran victoria.

CAPITULO XI.

=

I.

A la noticia de esta retirada, Primo de Rivera mandó que las fuerzas apostadas en la calle de las Mantas y en sus alrededores hicieran lo propio. En su consecuencia y comunicada inmediatamente esta orden, fueron corriéndose por la plaza dels Caps hacia la de Santa Catalina.

Un testigo ocular de esta retirada, que me ha dado además otros pormenores, dice que los soldados corrían sin orden ni concierto mezclados con los oficiales, que los cañones eran arrastrados por las mulas instintivamente sin que hubiera artilleros que los custodiasen y que las dirigiesen; todo era confusión y espantoso pánico; la tropa corría hacia la Capitanía general abandonando todos los puntos, y no cuidándose más que de su conservación.

Primo de Rivera armó en su casa-palacio hasta á los oficiales de reemplazo que allí habían acudido, y tanto él, como el Gobernador civil, que había recibido el socorro de 170 vo-

luntarios monárquicos de Torrente al mando de su alcalde señor Gimeno Porta, preparáronse á defenderse de una sorpresa y á resistir á los republicanos en el caso probable para ellos, de que estos quisieran aprovecharse aquella misma noche de su triunfo.

Los soldados que ocupaban las casas, esquina á la calle de las Mantas, no pudieron salir de ellas hasta las dos y media de la madrugada, quedando aun en las restantes casas de la calle algunos que cayeron luego en poder de los republicanos.

A estos por su parte, se habian agregado á las primeras horas de la tarde mas de cuatrocientos hombres que procedentes del Grao, habian salido de esta villa por la mañana al tener noticia de lo que pasaba en la capital, habian llegado á la una á la calle de Murviedro, y dejando algunos refuerzos en los barrios del Carmen y de Cuarte se habian alojado de órden del Directorio en el deshabitado cuartel del Pilar, esparciéndose muchos de ellos por la plaza de la Escurada, y calles de Gracia y de la Merced.

II.

El sol caminaba al ocaso; una densa neblina de polvo envolvía á la ciudad. Los arrabales participaban de la agitacion interior: la calle de Murviedro, la de Cuarte y la de San Vicente veíanse llenas de paisanos armados. En los pueblecillos cercanos el movimiento tambien habia encontrado eco.

La tropa, escasa en número, no habia podido dominar las afueras; solo la caballería hallábase formada á lo largo del pretil del rio, frente al huerto del Real y al hospital militar.

Entretanto la noche se acercaba; el fuego habia cesado en toda la línea; las fuerzas del ejército se habian retirado, como llevo dicho, de la calle de San Fernando y de la de las Mantas. Un sombrío silencio empezaba á reinar. De cuando en cuando la campana de los Santos Juanes lanzaba aun al aire su toque lastimero como el último y prolongado suspiro de aquel dia de desgracias.

Poco á poco la noche se apoderó del espacio; el peso de las tinieblas cayó sobre Valencia dando justa tregua á tanto dolor.

III.

Aquella noche, ni de una ni de otra parte hízose ningun movimiento. Los del gobierno, atemorizados por la heroica resis-

tencia de sus contrarios, tomaron la determinacion de permanecer á la defensiva hasta tanto que de Madrid ó de otro cualquier punto acudiesen tropas en su auxilio; los republicanos, como no habia estado en su ánimo el dar lugar á aquel conflicto que ninguna ventaja les podia reportar, juzgaron tambien prudente no empeorar la cuestion y contentarse por entonces con el triunfo alcanzado, á pesar de muchos espíritus exaltados que opinaban por atacar á la guarnicion en sus propias posiciones.

A uno de estos que llevado de un exagerado entusiasmo incitaba á sus compañeros á ir á toda costa á plantar la bandera de uno de los batallones de la Milicia en un balcon de la Capitanía general, le dijo con voz mesurada y firme un capitan, con cuya amistad me honro.

—Mira fulano; valientes, lo hemos sido, no es necesario que lo demostremos con mayores pruebas: si nos propusiéramos ir donde tu quiéres, iríamos, no me cabe la menor duda; pero antes de llegar tendríamos que dejar tras de nosotros cuarenta ó cincuenta compañeros. Ten presente que vosotros no sois soldados, que vosotros no sois *números*; ten presente que cada uno de vosotros representa una familia y que esos cuarenta ó cincuenta sacrificados á nuestra ceguedad infructuosa dejarían en el abandono á otros séres, cuya existencia debemos guardar. Está en nuestro deber ser prudentes: si mañana se nos ataca, mañana volveremos á rechazar á nuestros enemigos; si no se nos molesta, que no se diga que sin necesidad alguna derramamos sangre de hermanos. Velad y estad quedos, el tiempo dirá.

IV.

La madrugada del día 9 fue saludada por los alertas de los centinelas colocados en las calles y en las casas. La noticia de la retirada completa de la tropa causó gran alegría en los Voluntarios, que se apresuraron á ganar cuanto antes todo el terreno posible. Los restos de la columna de Hevia seguían encerrados en la calle de Caballeros, esperando en vano refuerzos.

Los *insurrectos* se habian corrido por la calle de Valldigna y por la del Correo viejo, y habian llegado, siempre avanzando, hasta la entrada de la plaza de la Constitucion frente á la iglesia de la Virgen.

Por el Sur de la ciudad, los Voluntarios ayudados de los republicanos de Ruzafa que habian acudido al hacerse de día, se habian apoderado de la puerta de San Vicente, plaza de San Agustin, calle del Fumeral, plaza de la Escurada y del horno situado en ella, para ver si desde allí podian apagar los tiros certeros que, unos soldados colocados en la confitería de la calle de San Vicente que enfila á la de Garrigues, dirigian á dicha plaza sin permitir que nadie la atravesara. Por el centro, las fuerzas de la Milicia, siguiendo por las calles de Calabazas y San Fernando, habian llegado hasta la plaza de Cajeros, no pudiendo adelantar mas por hallarse la tropa en la de San Francisco.

Al avanzar, los Voluntarios tuvieron ocasion de demostrar á todos la generosidad que alentaba sus pechos y el noble comportamiento que su situacion especial les imponia. Los dueños de las casas, en las que por vez primera entraban, y de los que he tomado estos informes, maravillábanse de ver aquellos hombres, al parecer tan desordenados, como obedecian á la voz del deber y de la circunspeccion, pisando el domicilio ajeno como si fuera sagrado, quitándose los kepis delante de los vecinos, y pidiéndoles humildemente les dispensasen aquella molestia que contra su voluntad se veian obligados á causarles.

Esto no era mas que repetir lo que el día anterior en medio del fuego habia pasado. En aquellas circunstancias penosas en que tan fácil era á la gente de mal vivir aprovecharse del tumulto, fingiéndose perteneciente á la Milicia, no hubo que lamentar desman alguno por mínimo que fuese.

Hallábanse el día 8 en un piso alto de una tienda de ultramarinos en el Mercado, algunos individuos del tercer batallon; habian pasado allí casi todo el día sufriendo el tiroteo y estaban estenuados de hambre y de fatiga, cuando acertó á subir un oficial que, viéndoles en aquel estado les brindó á que tomasen algunas onzas de chocolate de varios cajones que allí habia, diciendo que él se entenderia luego con el dueño; los bravos voluntarios le respondieron:

—Gracias, D. Pedro; el único chocolate que hoy debemos tocar con los dientes es este,—y le enseñaron sonriendo un puñado de cartuchos.

El capitan no pudo convencerles de lo contrario.

Hechos como este, si bien en la apariencia de escasa significacion, la tienen y mucha en aquellos momentos.

Al adelantar en la mañana del día 9 por la calle de San Fernando, un Voluntario de la quinta compañía del tercer batallon encontró en los bolsillos de un soldado muerto, una navajita y

siete cuartos; estos objetos fueron depositados al instante en manos de un oficial del batallon.

Si quisiera citar mas casos nunca acabaria.

V.

Este respeto llevado á la exageracion cuando se trataba de las cosas, traspasaba ya los comunes límites al dirigirse á las personas.

En un piso bajo de la misma calle de San Fernando tuvo lugar una escena que no puedo resistir al deseo de pintar.

El dia anterior por la tarde habia caido herido gravemente en el ataque, el capitan graduado de comandante D. Carmelo Palanca, perteneciente á las fuerzas del regimiento de Zamora que iban á las órdenes de Cleto Angulo, y que por espacio de tantas horas estuvieron probando infructuosamente salir al Mercado. El Sr. Palanca es natural de Valencia y con la mayor pena de su alma, segun yo mismo le he oido decir, peleaba contra sus paisanos obligado por la disciplina: viéndose herido y desangrándose por grados, tuvo que retirarse á una casa de donde no pudo salir ya para reunirse con sus compañeros, efecto de la precipitacion con que Morales de los Rios se retiró de la calle. En aquella casa vióse precisado á pasar veinticuatro horas mortales, sin medios de curacion, sin alimento, dominado por la fiebre que le acongojaba y sin atreverse á entregarse á los republicanos por temor de que no le respetaran en su situacion angustiosa. Las autoridades militares, antes del ataque habian hecho circular por las filas noticias absurdas acerca del comportamiento de los Voluntarios; así se comprende este temor.

En tal estado de postracion se encontraba Palanca, que el dueño de la casa, cuidadoso, se determinó á indicarle lo conveniente que seria el dar parte á los Voluntarios de su existencia en aquel punto; fué preciso que presentara las mayores seguridades y garantías, para que Palanca pudiera convencerse de que nada tenia que temer de parte de los *insurrectos*.

—Habia jurado morir como un perro, antes de ponerme en manos de los republicanos,—decia pocos dias despues á sus amigos. ¡Tal era su infundado sobresalto!

Al fin, un oficial de Voluntarios tuvo noticia del paradero del capitan de Zamora y acompañado de algunos de los individuos de su compañía fué á hacerle abandonar su retiro.

Las mas ardientes demostraciones de cariño, la mas estre-mada solicitud, el mas vivo cuidado é interés por el estado de sus heridas, tributaron al asombrado capitan sus salvadores. Era un espectáculo conmovedor.

Al momento fué sacado á la calle, librósele de sus arreos militares y fué conducido en andas al Hospital, recibiendo por el camino repetidas demostraciones de simpatía y de respeto.

Aquel mismo dia por la tarde decia Palanca:

—Si hubiera podido adivinar la generosidad de mis paisanos, anoche mismo me hubiera entregado, y no hubiera padecido veinticuatro horas de insomnio y de dolor crueles.

Lo mismo que con este capitan herido se hizo con los demás soldados que se encontraron por las casas. En un sótano de la calle de las Mantas habia reunido un gran número de ellos; en toda la calle se cogió un total de treinta y dos prisioneros, entre ellos un sargento primero y diez soldados heridos.

Los Voluntarios que el dia antes cayeron prisioneros en poder de la tropa, se vieron libres cuando ésta retiró de la calle de las Mantas.

Los Voluntarios acogian con los brazos abiertos á sus encarnizados enemigos de la víspera, y á sus queridos hermanos de entonces; los soldados, ante esta hidalguia, arrojaban con rabia los fusiles al suelo y se precipitaban á estrechar contra su pecho á los generosos paisanos.

—Todos somos unos; todos somos hijos del pueblo,—gritaban enternecidos.

Y los Voluntarios los llevaban en hombros, en medio de atronadores vivas á la República federal.

VI.

Aquel dia habia enmudecido el fragor de la lucha; parecia que los dos bandos se habian dado una tregua concertada de antemano para reparar en lo posible los horrores de la víspera.

Solo algunos tiros sueltos que se cruzaban á lo largo de la calle de Garrigues entre la confitería de la calle de San Vicente y la plaza de la Escurada, venian á interrumpir la calma angustiosa que reinaba en la ciudad.

Por las restantes calles, el vecindario un tanto mas tranquilo, transitaba deteniéndose curioso para examinar los estragos del dia anterior, ó para ver levantar alguna barricada.

El Mercado y las calles de las Mantas y de San Fernando ofrecían un triste aspecto á las miradas de los curiosos. La casa que hace esquina á la calle de Ramilletes tenía la fachada enteramente destruida por los cañonazos; en el mismo estado se hallaban las de las que se encuentran en la acera opuesta á las droguerías; la iglesia de los Santos Juanes también tenía en la cornisa de sus pisos altos algunas señales de bala rasa, y muy estropeado el pabellon de piedra que cubre la imágen de la Virgen del Pilar que mira al Mercado.

Los árboles habían sido cortados por la noche de orden de uno de los gefes, para que en caso de un nuevo ataque no estorbaran á los tiradores colocados en las casas.

Las puertas y ventanas se encontraban completamente acribilladas á balazos; los hierros de los balcones estaban retorcidos en su mayor parte, y de algunas barandillas pendían girones destrozados de los colchones que habían servido de defensa.

En la plaza dels Caps yacía tendido un caballo de artillería; algunos cadáveres de soldados veíanse yertos junto á grandes charcos de sangre coagulada. Por todas partes notábase el sello doloroso de la destruccion y de la muerte.

Las camillas cruzaban en todas direcciones.

La campana volvía á agitar su lengua de bronce con son lastimero.

VII.

Los Voluntarios habían ido ganando todo el terreno abandonado por el ejército; se habían apoderado ya del cuartel de la Guardia civil.

Las tropas por su parte se mantenían á la defensiva, ocupando los edificios de la estacion del ferro-carril, cuartel de San Francisco, teatro Principal, sociedad de Crédito valenciano y sucursal del Banco de España, Colegio del Patriarca, Universidad literaria, colegio de Santo Tomás, fábrica de tabacos, ciudadela y cuartel de artillería, capitanía general, el Temple con la Gobernacion civil, y la ruinosa iglesia ó convento de Trinitarios. Esto unido á una grande barricada levantada á la entrada del puente del Real, formaba una línea que aunque estensa solo abrazaba la cuarta ó quinta parte de la poblacion.

La guarnicion, como he dicho anteriormente, había recibido por único refuerzo el batallon de Voluntarios monárquicos de Torrente al mando del Sr. Gimeno Porta; este batallon se com-

ponia de cuatro compañías: la primera tenia por capitán al señor Vazquez Andreu (José), y constaba de 42 hombres; la segunda, capitán Sr. Vazquez Andreu (Abdon), de 44; la tercera, capitán Sr. Martinez Ferrer, de 30, y la cuarta, capitán señor Crespo Martinez, de 51.

Todos estos individuos que, hijos del pueblo, acudían á combatir contra sus propios paisanos y hermanos, cobraban por este *servicio* á razon de 35,000 rs. mensuales, cuya paga les fué religiosamente satisfecha por los fondos provinciales; fondos que estaban destinados á obras mas grandes y provechosas, y no á empresas de este género.

Los republicanos, por su parte, habían tenido el placer de abrazar á sus hermanos del Grao que habían acudido la tarde anterior, y á los de Ruzafa y demás pueblecillos cercanos.

El entusiasmo crecía por grados, á medida que se podían apreciar los resultados de la lucha del día anterior. En todas las calles trabajábase con ahinco en la construcción de barricadas; las mugeres y los niños ayudaban á los Voluntarios en estas obras de defensa.

Aquel mismo día quedó la ciudad erizada de infinidad de barreras que podían desafiar el ataque de un ejército entero. No había callejuela por pequeña y apartada que fuese que no tuviera la entrada y la salida cerradas por montones ordenados de escombros y de adoquines. Había calle que contaba en su longitud con mas de nueve barricadas. En algunas de ellas como en la del Trosalt ondeaban banderines tricolores con el gorro frigio; en otras leíase en gruesos caracteres la siguiente inscripcion:

«PENA DE MUERTE AL LADRON.»

«GUERRA AL GENERAL.»

«PAZ AL SOLDADO.»

En todas tremolaba en grandes carteles la amenaza suspendida sobre la cabeza del que osare atentar á la propiedad ajena. En una de la calle de Cuarte, el buen humor de los bravos Voluntarios llegó hasta fijar un carton con una cuarteta improvisada, en que se le ofrecía al Capitán general por premio de su *victoria* una corona hecha de dos ramas de higuera infernal.

El Directorio continuaba aun desde casa de Guerrero dictando órdenes y disposiciones.

VIII.

Pero el hecho mas notable de aquel dia que merece especial mencion, fue la entrega de las fuerzas de Toledo que se hallaban cortadas en la calle de Caballeros, sin medios de salir de su apurada posicion.

Ya hemos visto el horrible fuego que el dia antes se habian visto obligados á sostener y las grandes y dolorosas pérdidas que habian tenido que lamentar en el ataque de dicha calle. Despues de refugiados en las casas, los soldados continuaron el tiroteo desde los balcones y ventanas en medio de la desesperacion de su angustioso estado, sin alimentos, sin recursos para los heridos, rodeados y molestados continuamente por los Voluntarios, y solo con la esperanza de que el general enviaria tropas en su auxilio. Pasó la noche, vino la mañana, y al ver que de permanecer por mas tiempo allí se esponian á perecer de hambre y de miseria entre los lamentos de los compañeros heridos, tomaron la determinacion de comunicarse con los republicanos, mandándoles á las ocho un parlamentario con bandera blanca que puesto de acuerdo con un gefe de la Milicia, solicitó y obtuvo una tregua para poder conducir los heridos al Hospital civil y para enterrar los muertos: este plazo habia de acabar á las doce, en cuya hora, si la tropa no recibia refuerzos para renovar la lucha, daba palabra de rendirse á discrecion.

Concedida la tregua, los Voluntarios gozosos lanzáronse al medio de la calle y corrieron solícitamente á las casas donde se hallaban encerrados los soldados, disputándose entre ellos el honor de socorrer á los heridos y de animar á los que desfallecidos y casi exánimes pedian á voz en grito alimentos.

Entonces tuvieron lugar tiernas escenas y dignos episodios; el cadaver del coronel Hévia llevaba en los bolsillos algunas monedas de oro, y un magnifico cronómetro colgado del pecho; los Voluntarios no consintieron poner en él las manos hasta tanto que, llamados algunos de los pocos oficiales que quedaban de Toledo, pudieron encautarse del dinero y de la alhaja.

Los heridos eran sacados á la calle y conducidos con el mayor cuidado, unos al Hospital provincial, otros á la próxima casa del concejal republicano D. Antonio Muñoz, donde no eran menos atendidos. Los muertos fueron enterrados en una capilla de la iglesia de San Nicolás.

Algunos Voluntarios corrían de casa en casa con grandes jarros llenos de sustancioso caldo y daban á beber de él á los soldados hambrientos que lo apuraban con avidez, y tributaban las gracias con espresiva mirada á sus generosos adversarios. Era, en verdad, un conmovedor espectáculo, ver á aquellos hombres ennegrecidos por el humo de la pólvora, socorrer y consolar á sus enemigos de pocas horas antes, facilitarles comida con el amor de un hermano, ayudarles á arreglar sus uniformes destrozados, y animarles con sus palabras francas y cariñosas.

Dieron las doce; cumpliósse la tregua, y los restos de las tres compañías de Toledo entregaron sus armas á los Voluntarios y se declararon sus prisioneros de guerra.

Las pérdidas que habian sufrido eran grandes; once gefes y oficiales y cuatro individuos de tropa muertos: y tres oficiales y treinta soldados heridos. De estos últimos fueron conducidos á casa de D. Antonio Muñoz, veintisiete. Los restantes en número de ciento veinte, entre ellos nueve oficiales, quedaron en poder de los Voluntarios, siendo conducidos los soldados á las torres de Cuarte que el día antes habian caído en poder de los *insurrectos*, y los oficiales á casa del Sr. Muñoz, cuyo celo y actividad en aquellas tristes y dolorosas circunstancias no encuentran palabras para alabar.

Los nueve oficiales prisioneros eran: el comandante graduado, capitán D. Justo Muñoz, los capitanes graduados, tenientes D. Manuel Cuevas, D. José Santas, y D. Nicolás Melís, y los tenientes graduados, alféreces D. Gregorio Estraña, D. Juan Frias, D. Francisco Gimeno, D. Pedro Lopez, y D. Vicente Sardó: todos pertenecían al regimiento de Toledo. El Directorio tan pronto como tuvo noticia de este hecho mandó una guardia de 26 Voluntarios para su custodia y su tranquilidad.

El vecindario al propio tiempo secundó el desprendimiento y la generosidad del Sr. Muñoz, socorriendo al gran número de heridos que este tenía en su casa; en un momento se recogieron mas de treinta colchones para otras tantas camas, dispusiéronse grandes jarras de caldo y agua de arroz, hilas, trapos, sábanas, vendajes y todo género de recursos para la curación de los heridos.

Los soldados y los oficiales hallábanse asombrados de tal comportamiento.

Entre tanto la calle de Caballeros habia sido tomada en toda su longitud y los Voluntarios celebraban su victoria con muestras de justo regocijo.

Lo restante del día pasóse reforzando las defensas, levantando nuevas barricadas y organizando el movimiento.

Por la noche recibió el Capitan general el refuerzo de 574 guardias civiles de infantería y 16 de caballería de los tercios 9.º y 12.º bajo las órdenes del coronel Villanueva; también llegó con ellos el segundo cabo Sr. Rosales encargándose inmediatamente del mando militar que le correspondía.

En este estado de cosas amaneció el día 10.

CAPITULO XII.

I.

El domingo 10 empezó con la misma ansiedad y cruel expectativa que el día anterior. La lucha no se renovaba por entero; solo en las posiciones avanzadas, especialmente en las calles de San Vicente y de Gracia sosteniase algo vivo el tiroteo.

El vecindario de la parte ocupada por los republicanos podía discurrir libremente por las calles y procurarse toda clase de alimentos con la misma facilidad que en tiempo normal. Para ello el Directorio había hecho publicar un bando previniendo bajo multas severas que los vendedores no recargasen por ningún concepto el precio de sus artículos; en las calles y plazuelas de mas tránsito se habían establecido mercados, y los Voluntarios cuidaban de que las personas pacíficas no sufriesen por nada ni por nadie incomodidad alguna.

En tanto, los habitantes que tenían la desgracia de hallarse comprendidos en la zona militar, solo podían disponer de una hora para atender á sus necesidades de alimentación. El que por cualquier motivo retardábase, sufría las consecuencias de ese imprudente retraso. Algunas víctimas ocasionó la brevedad del plazo; los soldados encerrados en las casas entreteníanse en disparar sobre todo ser viviente que se ponía al alcance de sus tiros: seis días despues, finalizada la lucha, hubo calle en que se contaron mas de quince ó veinte perros y gatos muertos: esto no es una invencion risible, el que escribe estas líneas los ha podido contar y ver por sus propios ojos. En la calle de Barcelonina cayó gravemente herido un pobre hombre que pasaba con un pañuelo lleno de panes despues de la hora mar-

cada por los gefes militares; tambien sufrió igual suerte un honrado é inofensivo industrial que fué acribillado á balazos por la guardia civil. Al Hospital provincial fueron conducidos varios niños en igual ó peor estado, cuyos lamentos partian el alma.

Entretanto, y al ver la inaccion de las tropas del Gobierno y la obstinada resistencia de los *insurrectos*, susurrábase por la poblacion algo grave y misterioso. No juzgando á Primo de Rivera con el valor suficiente para atacar resueltamente las posiciones erizadas de barricadas que ocupaban los republicanos, decíase, y este rumor tomaba cada vez mas cuerpo, que la Autoridad militar trataba de apelar al bárbaro recurso del bombardeo, pero los Voluntarios al oirlo sonreíanse confiados en la hidalguia del ejército sobre cuyo uniforme, ni por sospechas pretendian arrojar tal mancha.

De todos modos, viendo la aflictiva situacion de Valencia los cónsules determinaron avistarse con Primo de Rivera para hacerle desistir de este propósito si acaso lo abrigaba.

Para que no se me tache en nada de parcial, atrévome á transcribir á continuacion la relacion de este acto y los comentarios consiguientes, copiados de un periódico monárquico nada sospechoso:

«El tercer dia de la lucha, domingo 10 de octubre, cundió por la ciudad el rumor de que el capitán general trataba de apelar al recurso extremo del bombardeo. Los cónsules extranjeros, obligados á defender los intereses de sus representados, acudieron aquella mañana á dicha autoridad, que no les dió ninguna seguridad sobre si apelaria ó no á aquel recurso, reservándose por completo su libertad de accion. Entonces los cónsules, deseosos de evitar tan terrible conflicto, noticiaron la respuesta del general á algunas personas influyentes, pero agenas á la cuestion que con las armas se debatía, y habiendo obtenido estas desde luego y sin ninguna dificultad, la aquiescencia de los gefes de los *insurrectos*, se convocó á són de corneta, en toda la parte de la ciudad dominada por ellos, á las personas pacíficas para una reunion, que se celebró en la casa de la Misericordia.

¡Con qué satisfaccion viéronse reunidos allí algunos centenares de vecinos de todas clases y opiniones políticas, prontos á intervenir en la deplorable contienda, en nombre de Valencia, de la ciudad neutral y víctima de las imprudencias de unos y de otros! Puesto que se presentaba al fin la ocasion de hacer oír el lenguaje de la sensatez, todos creían que el conflicto iba

á terminar. La intransigencia del general lo impidió. La comision nombrada por el vecindario, compuesta de personas respetabilísimas, no encontró en aquella autoridad la acogida que tenían derecho á esperar los que representaban los intereses de la ciudad. El Sr. Primo de Rivera, abrigando sobre la dignidad militar una idea falsa é incompatible con los deberes políticos de un gobernante liberal, negóse á oír á aquella comision, á reconocer el carácter que llevaba, á facilitar de ningun modo el cumplimiento de su humanitario propósito. ¡Con cuánta amargura, y con cuánta indignacion tambien, oyeron los pacíficos vecinos agrupados en el vasto patio de la Misericordia la rotunda negativa con que el general Primo contestaba á sus buenos deseos! ¡Con cuánto dolor se separaron exclamando: «nada queda ya por hacer!»

El poco tacto y la vana intransigencia de la autoridad militar echó por tierra todos los cálculos tranquilizadores que se hubieran podido concebir. La reunion pacífica, al disolverse, nombró una comision especial que diera las gracias en nombre de Valencia al comandante en jefe y Alcalde popular Sr. Guerrero, por su complacencia en aprobar y dar permiso á aquella junta improvisada, y por sus buenas disposiciones en favor de la paz. ¡Conducta noble y honrosa que contrastaba con la dura y exigente del Capitan general!

II.

Aquel día era de precepto para los católicos; algunas iglesias colocadas en sitios apartados del tumulto de la lucha empeñada en las avanzadas, abrieron sus puertas y tocaron á misa.

Hé aqui como describe el comportamiento de los Voluntarios en aquellas solemnes circunstancias, el periódico carlista *El Tradicional*, cuyo testimonio no puede tacharse de apasionado:

«El tercer día de la insurreccion era domingo, y muchos vecinos de las partidas del Cármen acudieron á la parroquia de Santa Cruz á oír misa, y como encontrasen la puerta cerrada y se les dijese que la iglesia estaba ocupada por los voluntarios, acudieron á los gefes de las barricadas á hacerles saber su deseo de cumplir con el precepto dominical.

Inmediatamente un gefe se llegó al templo, hizo abrir las puertas, se tocó á misa, y todos los sublevados á porfía preten-

dian acompañar á los sacerdotes y á las señoras desde sus casas á la iglesia y vice-versa. El templo estuvo lleno toda la mañana; varios sacerdotes acudieron á celebrar el Santo Sacrificio, y muchísimos republicanos se apiñaban á la entrada para asistir á él.

Téngase en cuenta que aquella mañana estaban batiéndose no muy lejos de allí, pues habia fuego en la calle de Murviedro por una parte, y por el Seminario é iglesia del Salvador. Despues que se dijo la primer misa en Santa Cruz, se abrieron tambien San Bartolomé, San Miguel, y no sabemos si San Juan, acudiendo á todas gran multitud de fieles.»

Nuestros mismos adversarios políticos se vieron obligados á confesar en alta voz la hidalguía de los bravos y generosos Voluntarios.

Verdaderamente su conducta es y será en todo tiempo digna de los mayores elogios; el pueblo de Valencia, al que tan triste fama han procurado siempre darle los forasteros, demostró en aquella ocasion su cordura y su prudencia. Hasta sus propios enemigos admirábanse de tanta honradez, de tanta nobleza. Los soldados prisioneros eran tratados con el mayor esmero y solicitud; el mismo rancho de los Voluntarios servia para su alimento, participando tambien del tabaco que á duras penas podian estos procurarse.

Los oficiales guardados por 26 *insurrectos* en casa de D. Antonio Muñoz disfrutaban en ella toda clase de comodidades; tenian á su disposicion libros, juegos de agedrez y dominó, cigarros puros, y tabaco picado en abundancia. Cuando este se concluyó fué preciso buscarlo, pero no pudo ya encontrarse en los estancos comprendidos en la zona de los republicanos porque se habian consumido todas las existencias de este artículo. Entonces tuvo lugar un episodio que dice tal vez mas que muchos de los actos valerosos llevados á cabo en aquellos dias. Viéndose los Voluntarios en la imposibilidad de procurar tabaco á sus prisioneros, determinaron ir á buscarlo á un estanco que se hallaba frente á las posiciones avanzadas del ejército: para aquella empresa comprometida y arriesgada en que tan facil era perder la vida por una futilidad semejante, todos cuantos Voluntarios se hallaban en aquel momento reunidos disputabanse el honor de marchar los primeros: fué necesario nombrar expreso diez individuos de la guardia para dirimir contiendas. Aquel pequeño número de bravos Voluntarios se vió obligado á sufrir por espacio de algunos minutos, mientras uno de ellos se encargaba de efectuar la operacion, un tiroteo espantoso á pié

firme y al descubierto contra puntos guarnecidos por la tropa, saliendo todos ilesos por suerte providencial de aquella peligrosa prueba. Tengo por seguro que si los oficiales prisioneros hubieran podido saber lo que costaba aquel tabaco que nuevamente se les daba para fumar, hubieran hecho el sacrificio de pasarse sin él y de mirarlo hasta con respeto como producto de la abnegacion y del heroismo.

III.

Aquella misma mañana, el Capitan general envió al brigadier Rosell á Cartagena en busca de refuerzos, al propio tiempo que hacia maniobrar el telégrafo en lo poco que le quedaba util, con el mismo objeto.

Las vias férreas estaban destrozadas completamente é inservibles en largos trozos; en la línea de Madrid, no habia rastro de camino hasta mas allá de Játiva; la de Barcelona no estaba en tan mal estado. Las tropas, para acudir pronto, se habian de ver obligadas á llegar por mar si venian de Cataluña, y á hacer algunas marchas forzadas á pié, si de Castilla.

La falta y dificultad de las comunicaciones daban mucho que pensar á Primo de Rivera, que se preguntaba con recelo á qué se veria reducido si los republicanos alentados por la victoria se decidian á atacarle en sus posiciones.

A las doce y media llegaron embarcados en el vaporcito de guerra *Vigilante* 260 soldados del regimiento de Sevilla que anunciaban la venida de nuevos refuerzos.

Sin embargo esto no era suficiente para tranquilizar los temores del Capitan general y de los gefes superiores.

Mientras esto sucedia, los *insurrectos* repartian profusamente y fijaban en las esquinas, proclamas impresas dirigidas á los soldados, en las que se les brindaba á pasárseles para defender la justa causa del pueblo ofendido en su honra. Algunos Voluntarios servianse de estas proclamas para envolver las balas en ellas y enviárselas de esta manera á sus contrarios.

Tambien circuló aquel dia por la parte de poblacion ocupada por los republicanos, la siguiente hoja suelta:

«VALENCIANOS:

Os dirigimos la voz en estos momentos solemnes en que un pueblo levanta entusiasta el estandarte de la libertad contra un

Gobierno usurpador de los mas sagrados derechos proclamados por la revolucion de Setiembre.

Vosotros sois testigos, heróicos valencianos, de que en esta ciudad reinaba un orden admirable que no podia turbarse sino por los inícuos planes de los que un dia juraron fidelidad al pueblo para esclavizarle al siguiente; que proclamaban los derechos individuales para pisotearlos; que ayer se valian de los Voluntarios de la libertad para desarmarlos hoy traidoramente, á pesar de haber ofrecido su decidido apoyo para sostener el orden y defender la libertad. No es posible que tan grandes injusticias se consientan por un pueblo que tenga la conciencia de su dignidad y sus derechos.

El Gobierno que así obra, es el perturbador, no vosotros que al levantaros en armas contra él solo salís á la defensa del orden, de la libertad, de las leyes, de la propiedad y de la familia.

Ya que estamos en la arena del combate, en el que tan alto habeis puesto vuestro nombre, á vuestra custodia, á vuestra lealtad y patriotismo está reservado velar por esos sagrados objetos que son la base firmísima de la sociedad en un pais libre.

A las imprudencias del Gobierno opongamos nuestra sensatez. A sus ataques nuestra defensa heróica; defensa que en estos momentos se hace mas formidable, porque millares de ciudadanos de varios puntos han acudido á la capital y pueblos enteros secundan con el mismo entusiasmo nuestro movimiento. La Nacion os contempla y admira vuestro digno y valiente comportamiento.

Con tan poderosos elementos el triunfo es seguro; que no se anuble ni manche la victoria con ningun género de desmanes, ya que al frente de vuestras barricadas ondea el honroso lema de «PENA DE MUERTE AL LADRON.»

Valencianos: ¡*Viva la Libertad!* ¡*Viva la República Federal!*
Valencia 10 de Octubre de 1869.

EL DIRECTORIO.»

IV.

Aquella mañana recibieron los Voluntarios de refuerzo una partida de republicanos de Turís que vino á aumentar la confianza del próximo triunfo. Por la tarde entró tambien por la puerta de Cuarte á la cabeza de ochocientos hombres, José

Perez, conocido por el *Enguerino*, uno de los héroes mas populares de aquellas jornadas que cubrieron de gloria nuestro partido. Apenas llegados, y sin tomar casi descanso, corrieron á ocupar posicion en la línea de combate para relevar de este modo las fuerzas de los Voluntarios de la capital que estaban tiroteándose ya tres dias seguidos. El *Enguerino*, antes de dividir á sus hombres en grupos para mandarlos al lugar de su destino, los hizo formar, y con el rudo y enérgico lenguaje del campo, dirigióles la palabra para recomendarles la prudencia, la generosidad y la honradez, ya que respecto al valor estaba de mas que lo hiciese.

La hora y las circunstancias prestaban á aquella escena un carácter singular. El sol que empezaba á ocultarse tras el populoso barrio de Cuarte dejaba caer oblicuamente sus rayos moribundos sobre aquellos hombres de elevado y corpulento cuerpo, de tostado rostro, de franco y marcial continente, que apoyados en sus largas escopetas escuchaban con religioso silencio y mirada penetrante la espresiva arenga de su gefe, mientras que allá á lo lejos oíase el lejano y continuo tiroteo, y de vez en cuando el sordo rumor de los cañonazos que hacían temblar los edificios.

—Muchachos,—concluyó diciendo el *Enguerino* con voz potente—cuidad que no se hable luego de los de Pedralva mas que para ponerlos en las nubes; antes que todo es la honra. Debemos ser honrados y lo seremos; *al que me robe un alfiler, se lo clavaré en la lengua.*

«¿Se hallaron despues alfileres clavados en la lengua de algun Enguerino?, pregunta Barcia en uno de sus célebres folletos. No se halló nada. Todos hablaban alto y claro, porque sus lenguas estaban libres.»

He ahí en pocas palabras condensada la apología de aquellos hombres de hierro.

V.

Entretanto iban llegando mas heridos á los hospitales de sangre. Estos eran varios; uno en la plaza de S. Bartolomé, dos en la calle de Cuarte, uno en la del Moro Zeit en casa del Sr. Muñoz, uno en la posada de S. Cristóbal en el Mercado, uno en la calle de la Linterna en casa del Sr. Morte, y otro en el gremio de carpinteros; á mas de estos existia el establecido en el grande y magnífico Hospital provincial, y el destinado para los

soldados en el ex-convento del Refugio. Los oficiales heridos estaban en departamentos especiales en el mismo edificio del Hospital provincial. Para todas las atenciones de este penoso servicio sanitario se habian prestado gustosamente muchos facultativos, entre ellos algunos catedráticos de Medicina, y con los practicantes varios estudiantes de la misma Facultad.

Durante todo aquel día, y á pesar de la aparente calma que reinaba en el interior de la zona republicana, habia habido un fuego horroroso en toda la línea que marcaba los límites de unas y otras posiciones: en la calle de S. Vicente, el cañon habia hecho muchos estragos, viéndose obligados los Voluntarios á contestar desde los balcones de las casas que ocupaban y detrás de las esquinas, porque en aquel sitio no habian podido aun dedicarse á la pronta construccion de barricadas.

Los Voluntarios que el primer día se habian batido por compañías y batallones en los diferentes puestos á que habian sido destinados, sostenian ya el fuego individualmente y á la desbandada, puesto que los que se hallaban de reserva no podian contener su valeroso ímpetu y corrian á luchar con decision á las avanzadas, de donde no se retiraban mas que cuando una bala llegaba á tocarles, ó cuando ya no tenian cartuchos que gastar.

Viendo que la resistencia se prolongaba y que era preciso prepararse formalmente para las eventualidades que pudieran sobrevenir, los gefes de la Milicia determinaron trasladar el Directorio y el centro del movimiento al edificio de las Escuelas-Pias, con el objeto de poder obrar mas pronta y cómodamente. Aquella noche, pues, quedó constituido definitivamente el Directorio, núcleo de las operaciones, nombrándose al mismo tiempo una junta de armamento y defensa que atendiera á las necesidades mas apremiantes de la situacion.

No entro en detalles sobre la reunion celebrada aquella noche, por no comprometer mas ante el público hombres que me son muy queridos y que tomaron una parte activa en aquellos acontecimientos.

Los cláustros de las Escuelas-Pias tomaron desde entonces un extraño aspecto; en un cuarto empezáronse á hacer cartuchos de todos calibres; otro destinóse á las reuniones del Directorio; otro á las de la junta de armamento; todo era agitacion. El pavimento hallábase sembrado de papeles ennegrecidos por la pólvora; los Voluntarios armados cruzaban en todas direcciones; los ayudantes del Directorio, jóvenes entusiastas que se distinguian por su lazo tricolor ceñido al brazo, iban y

venian trasmitiendo órdenes, mientras los padres escolapios con una conducta que les honra, procuraban que nada faltara, cediendo hasta sus propias camas á los que obligados por las circunstancias tenian que pasar la noche en el edificio.

En las calles ofrecianse á cada paso singulares escenas á la luz de los faroles encendidos en la mayor parte de ellas: grupos de Voluntarios recostados en el suelo, junto á las barricadas descansaban de sus fatigas, á los pálidos resplandores de la hoguera que habia servido para confeccionar el rancho, y á los ecos lejanos de los ¡*alertas!* que se estendian por toda la línea avanzada. En esta reinaba la oscuridad mas completa, y el silencio de la noche solo era interrumpido de cuando en cuando por el disparo que hacia algun centinela asaz vigilante. La ciudad confiaba al sueño su intranquilidad y sus temores.

CAPITULO XIII.

I.

Asi llegó la mañana del lunes, 11 de Octubre: los republicanos, con el poderoso auxilio de los Enguerinos, de los de Turís, de los de Carlet y de otros pueblos, estendieron mas y mas su línea de ataque llegando hasta el Palau, calles de Cabilleros, del Mar, y plaza del Embajador Vich. Tambien por la izquierda, ó sea por el Norte de la poblacion adelantaron hasta la iglesia del Salvador para batir de cerca á la guardia negra del alcalde de Torrente que estaba en el edificio de la Gobernacion civil.

En la plaza de Cajeros y á la misma entrada de la calle de Calabazas, construyóse bajo el fuego de la tropa, una fuerte y sólida barricada, pudiendo ya desde entonces los Voluntarios defender con mas comodidad aquel sitio importante: tambien se habia hecho lo propio en la de la Escurada, á la esquina de la calle de Garrigues, frente á la confiteria, desde donde un puñado de soldados molestaba en extremo á los de la plaza. De este modo quedó ya cerrada la estensa linea que abrazaba la zona ocupada por los *insurrectos*, cogiendo prisioneros en la torre de San Martin, á un sargento primero, un cabo y cuatro soldados, que fueron conducidos en medio de las aclamaciones de la gente, al patio de las Escuelas-Pias donde se habia establecido el depósito, y donde se les dió abundantemente de comer.

El combate reanimóse; á las diez de la mañana entró por la puerta de S. Vicente una columna de la Guardia civil con dos piezas de artillería que estuvieron vomitando metralla sobre la barricada de la plaza de Cajeros, sin conseguir su intento, que era romper la línea de defensa por aquel punto; aquella columna venia ya de apoderarse de Ruzafa y de la plaza de toros donde no encontró casi resistencia por ser muy pocos los Voluntarios de dicho pueblo que la guarnecian, y que se unieron inmediatamente á sus compañeros de Valencia. Viendo la Guardia civil que no podia pasar adelante, retiróse con las piezas hácia la plaza de S. Francisco y estacion del ferrocarril, no sin haber dejado antes un destacamento con el objeto de que ocupara el presidio correccional de S. Agustin, entrando en él por su parte trasera que dá al valladar. La guardia de infantería que guarnecia este edificio habia prometido la mas completa neutralidad á los republicanos, el dia que se acercaron á sus puertas para apoderarse de él á viva fuerza, así es que estos alternaban fraternalmente con los soldados ayudándoles á vigilar los presidiarios que de otra manera se hubieran fugado aprovechándose de las circunstancias. ¡Grande ejemplo de honradez y de prudencia! Cuando por efecto de su retirada, parte de la Guardia civil entró por detrás en el presidio sin ser notada aquella sorpresa por los republicanos, procedió inmediatamente á apoderarse de todos los balcones y ventanas y á cerrar las puertas, y cuando se vió por completo dueña del edificio empezó á hacer fuego á mansalva sobre los Voluntarios que confiados discurrían por la plaza; gritos de terrible indignacion respondieron á aquella traidora felonía, pero ya era tarde; los Voluntarios cobardemente vendidos tuvieron que retirarse dejando en poder de sus enemigos las primeras casas de las calles de Gracia y del Fumeral.

No sucedió lo mismo con la tropa que guardaba las cárceles de Serranos que no faltó á su promesa neutral en los nueve dias de lucha, limitándose solo á cuidar de los presos.

II.

La situacion del vecindario de las calles que constituian la línea divisoria de ambas zonas, era en extremo difícil y penosa; los Voluntarios repartían por las casas pan y carne y acompañaban á sitio menos peligroso á los que lo deseaban. Algunos de estos habitantes conozco, que, cogidos de improviso por el

movimiento, ni siquiera tuvieron tiempo para cerrar los balcones y se vieron obligados á retirarse á las habitaciones interiores donde casi sin comer pasaron entre mortales angustias los tres primeros días oyendo como destrozaban los proyectiles sus muebles.

Los Voluntarios acudían con solicitud allá donde se les llamaba, esponiéndose á todo género de peligros por prestar su ayuda á acongojadas familias.

Un administrador de loterías que vivía en la calle de San Vicente, esquina á la de la Linterna, frente á un edificio del que se venía haciendo un fuego constante á los Voluntarios de la barricada levantada en esta última calle, permanecía con la familia en un pequeño rincón de la casa tres días desfalleciendo de hambre; impulsado por la necesidad llamó en su auxilio á los Voluntarios de la barricada, que horadando una casa inmediata sacaron á todos por un boquete, acompañándoles por medio de las balas, á la calle de Flasers, distante algunos, no pocos pasos. Al despedirse les manifestó que en la casa quedaban algunos intereses, del Gobierno la mayor parte, que confiaba á su custodia. Oído esto, ya no quisieron los Voluntarios abandonarle sin que volviese á su casa, estrajera cuanto en ella había de valor, y lo asegurara, poniendo así á salvo la responsabilidad que pretendía imponerles. Aquel hombre, trémulo y temeroso por el peligro que era necesario correr por segunda vez, para volver á su casa, y mas aun porque era preciso hacérselo pasar tambien á sus generosos libertadores, se opuso tenazmente manifestando que preferiría perderlo todo; suplicó, rogó que desistiesen del empeño, y no pudiéndolo lograr ni él ni otros amigos suyos, tuvo que ceder, ir otra vez á su casa, entrar por el mismo boquete y sacar en varios bultos el dinero, cubiertos y alhajas que tenía, llevándole en brazos los Voluntarios un perro, una cotorra y otros animalitos para que no se muriesen en la casa que quedaba abandonada. El dinero era del Gobierno y los republicanos podían creerlo legítimamente suyo por reglas de guerra: los hombres que esto hicieron eran de los mas pobres de la clase del pueblo. ¿Merecerían estos alguna de las distinciones que al mérito y á la virtud dispensó despues el Gobierno?

Al mismo tiempo que esto sucedía, la soldadesca saqueaba la casa del jefe de los Voluntarios que tan loable acción habían llevado á cabo. ¡Qué contraste!

A este rasgo puedo añadir otro tambien muy significativo.

Los Voluntarios que desde el primer día de las ocurrencias

se hallaban alojados en la Lonja, carecian de tabaco y no acertaban á acallar la viva necesidad de fumar que les acosaba, cuando repararon en la casilla de madera que se levanta junto á las hojalaterías y que sirve de espendicion á dicho artículo; mas viendo que se hallaba cerrada y que por muchos golpes que en ella dieran no respondia nadie desde dentro, se procuraron las señas de la casa del estanquero y hasta que le encontraron y lo condujeron para que les abriera el estanco no des-cansaron, cuando tan fácil les hubiera sido forzar la endeble puertecilla con las bayonetas.

Como dije en otra ocasion, si fuera á citar hechos de esta especie nunca acabaria.

III.

La prolongacion de la lucha y la inminencia de un ataque general ó de un medio aun mas violento, introducian en el vecindario la alarma y la angustia. Este dia ya eran muchas las familias que abandonaban la poblacion siendo acompañadas por los mismos Voluntarios hasta dejarlas en el campo, mas allá de las últimas barricadas. Tambien los cónsules de diferentes naciones y muy especialmente el inglés Mr. Dart, trabajaban en esta empresa, siendo de mucha utilidad sus servicios en aquellas circunstancias.

El Directorio establecido en el edificio de las Escuelas-Pias facilitaba pases á todos los que deseaban salir de la zona republicana para que no fueran molestados por las avanzadas. El sello que se habia mandado grabar y que se estampaba en toda clase de documentos para no comprometer firmas, era circular, del tamaño de una peseta, con esta inscripcion: «*Directorio republicano federal de Valencia.*»

Además de las atenciones que el estado escepcional exigia, los gefes de la Milicia popular velaban por hacer todo lo mas llevadera posible la situacion del vecindario, y especialmente de las familias mas necesitadas. En algunos barrios, las comisiones que salian con este objeto iban presididas por los curas de las parroquias, y alcanzaban en su caritativa empresa resultados satisfactorios, pues los vecinos se prestaban gustosos á contribuir con sus donativos espontáneos al socorro de los pobres,

Sin embargo, no bastaba con esto para todo: los Voluntarios que eran obreros y artesanos no tenian medio de manu-

tencion, faltos completamente de los recursos de su trabajo ó de su industria. Teniéndolo presente, el Directorio determinó hacer un llamamiento general á los sentimientos filantrópicos de la poblacion y para ello convocó á una reunion á los hombres mas caracterizados por su posicion é intereses.

Como en esta cuestion no quiero pecar de parcial, me apresuro á copiar á continuacion lo que sobre ello dijo despues *Las Provincias*;

«A las doce de la mañana se fijó en las esquinas un bando firmado por el alcalde Sr. Llobell, diciendo que el Ayuntamiento, (1) con anuencia del Directorio, y asociado á una numerosa y respetable comision en representacion del comercio y la propiedad, invitaba á todas las personas que se interesasen en el bienestar de sus conciudadanos para que se reunieran á las tres de la tarde en el local de las Escuelas-Pias, encargándose la puntual asistencia, por la suma importancia del objeto.

La reunion tuvo lugar con una asistencia bastante numerosa, y en ella se acordó abrir una suscripcion voluntaria, que dió muy buenos resultados, para atender al sostenimiento de los defensores de las barricadas. Entre otras personas acudieron los señores marqués de Cáceres, Janini, D. Ramon Roca y muchas del comercio, asistiendo trescientas próximamente.»

Basta leer las anteriores líneas de un periódico neutral en el campo de la política para comprender las simpatías que la causa del pueblo alcanzaba en la poblacion; á una simple indicacion, las personas mas influyentes corrian á agruparse alrededor de los probos gefes de la Milicia y á cederles su desinteresado auxilio, mientras el capitan general se veia aislado completamente del vecindario y apoyado solamente por el elemento militar y por los hombres del Gobernador civil.

El Directorio siguió en todo esto una conducta dignísima, pues no quiso incautarse para nada de los fondos recaudados, nombrando para su administracion una comision de vecinos que se encargara de satisfacer todos cuantos recibos fuesen autorizados con su sello. Este comportamiento laudable corta el camino á la maledicencia; es un mentís solemne arrojado al rostro de los calumniadores de oficio.

(1) El interino que se habia formado para atender á las necesidades civiles de la poblacion.

IV.

El ejército que iba diariamente recibiendo refuerzos, se propuso este día estender un poco mas su línea de circunvalacion atacando á los republicanos por la calle de Murviedro, estramuros, saliendo para esto por la puerta del Real una columna á las órdenes del brigadier Velarde, que atravesando el terreno sembrado de la huerta, cayó sin ser descubierta sobre la entrada de dicha calle, allá donde el camino de Barcelona tuerce á la derecha para ir á buscar el pueblecillo de Marchalenes.

Eran las tres de la tarde, cuando los Voluntarios que guardaban aquellas posiciones avanzadas pudieron aperebirse del intento de las tropas contestando á sus descargas con un fuego nutridísimo, sostenido y vivo que detuvo su primer empuje. Velarde mandó que se destacara por el camino Nuevo y hácia Marchalenes una seccion de cazadores de Alcántara y una compañía del regimiento de Granada, mientras él con lo restante de la brigada se dispuso atacar decididamente la calle valientemente defendida por los Voluntarios. La seccion destacada por la derecha pudo llegar despues de penosos trabajos y dolorosas pérdidas hasta las mismas espaldas del convento de la Zaidía, desde donde se domina el rio; pero las fuerzas de Velarde encontraron una resistencia heroica en su empresa.

La calle de Murviedro se hallaba convertida en un volcan, cuyas exhalaciones llevaban la muerte entre sus rayos de fuego; las casas parecia que se inclinaban al peso de tanta destruccion; las detonaciones, las descargas cerradas y potentes ensordecian y atronaban la atmósfera; las puertas crugian y acababan por ceder á los golpes de las piquetas de los soldados; el combate era sangriento, la mortandad horrible.

La tropa entraba en las casas á sangre y fuego sin respetar nada; un pobre enfermo y una muger reciénparida fueron asesinados en su propio lecho. En un corral de ganado vacuno que hay á la entrada de la calle acaeció un terrible episodio, cuyo recuerdo hiela la sangre en mis venas; á continuacion transcribo la relacion de este horroroso hecho que me mandó escrita uno de los víctimas de aquella hecatombe, desde el lecho donde se hallaba curando sus numerosas y profundas heridas.

«El día 11 de Octubre, sobre las tres y media de la tarde, salia yo de Valencia juntamente con José Peña, ambos dependientes de la drogueria de S. Antonio, á acompañar á nuestras

familias hasta conducir las en direccion á Alboraya y con el ánimo de volvernos despues de esto al establecimiento de nuestro amo para ponernos á sus órdenes; pero la fatalidad hizo que al atravesar por los últimos campos, frente á la calle de Murviedro, empezaran los Voluntarios de las casas á hacer fuego sobre la tropa que venia por la carretera. Nosotros al vernos en aquel inminente peligro nos refugiamos con varias mugeres y un joven gitano en una cuadra de toros que hace esquina á la calle, siendo allí dentro entre todos, y contando con el encargado de la cuadra, cuatro hombres y unas catorce ó diez y seis mugeres y niños. Como personas pacificas y ajenas á la lucha, nada temiamos y solo esperábamos que cesara el fuego para continuar nuestro camino. Los Voluntarios fueron retirándose poco á poco; llegó la tropa y llamó fuertemente á la puerta; abrimos sin dilacion y nos vimos atropellados por una turba de soldados con bayoneta calada que arremetieron contra nosotros y nos hubieran indudablemente despedazado á no haberles gritado que éramos hombres indefensos que solo estábamos allí obligados por las circunstancias: en esto, y cuando ya los soldados se habian conformado con nuestras razones, llegó un comandante enfurecido, espada en mano, y seguido de dos oficiales mas; mandó que nos sacaran fuera de la cuadra á bayonetazos y á bofetones, y una vez separados de nuestras mugeres, la soldadesca descerrajó sobre nosotros una lluvia de balas á quemarropa que causó una muerte desastrosa á mi compañero José Peña, al gitano y al mozo guardian de los toros, dejando mi cuerpo acribillado á balazos. Luego que la tropa en el furor del combate siguió adelante, me incorporé como pude y ayudado de mi muger y de las otras que lloraban desesperadas, me refugié otra vez en la cuadra, donde con largos trozos de sábanas lograron restañar mis heridas, hasta que algunos vecinos compadecidos me asistieron solícitamente, debiendo á sus cuidados mi existencia.

Pedro Sorribas»

La pluma cae de las manos y las lágrimas saltan involuntariamente de los ojos ante este terrible recuerdo. ¡Y aquellos soldados eran españoles! ¡A qué extremo arrastran las luchas civiles!

V.

Tambien me han asegurado otro hecho que no puedo creer, que no creo, porque á ello se resiste mi mente; me han dicho que la vanguardia de Velarde sacaba de las casas á los vecinos indefensos y los hacia marchar á su frente para apagar de este modo el fuego de los Voluntarios. Ya he dicho que no quiero admitir tal villania; por otra parte tampoco tengo datos seguros en su apoyo y mi rectitud me obliga á no darla como cierta.

La tropa llegó derribando puertas y tabiques por el interior de los edificios y en medio de una lucha ardiente y tenaz hasta el convento de Santa Mónica, frente al rio, donde estableció una batería, no pudiendo pasar adelante por el horroroso tiroteo que los republicanos sostenian desde las torres y puente de Seranos, Migulete, campario de Santa Cruz, pretil del rio y todos los puntos dominantes.

Al oscurecer cesó el combate; la tropa era dueña de la calle de Murviedro y de la entrada del caserio de la Zaidía; los Voluntarios habian establecido fuertes defensas en la orilla derecha del rio junto á la ciudad y mostrábanse confiados en que el ejército no se atreveria á pasar los puentes que estaban cerrados por altas y sólidas barricadas.

VI.

Llegado al fin del dia 11, preciso me es relatar uno de los mas dolorosos episodios de la lucha titánica que por espacio de nueve dias ensangrentó nuestras calles. Me refiero á la desgraciada muerte de los ilustres mártires de la república y oficiales de Voluntarios, Genovés y Bartolí. Es este un hecho que envuelto en la oscuridad casi del misterio, me ha contado cada uno de distinto modo, siéndome en extremo difícil coordinar los apuntes que sobre él he podido recoger de varias personas, algunas de ellas testigos presenciales. En la cuestion de la fecha se han suscitado tambien dificultades que no he podido vencer: quien dice que acaeció el dia 11, quien el dia 10; si he de creer á la proclama publicada por el Directorio el 12, tendrian razon los primeros, pero si me guio por las indicaciones del hermano de una de las víctimas que debe tener aquel sangriento recuerdo grabado en su mente con letras de fuego, la razon

se inclina á los otros. Así tambien parece indicarlo el curso relacionado de los acontecimientos.

De todos modos, he dejado pasar los dos dias 10 y 11 para evitar confusiones, colocando al finalizar el último la relacion del hecho que hé procurado fuera lo mas verídica posible.

Era la hora del crepúsculo: el fuego habia cesado; en las calles de la capital reinaba el silencio interrumpido solo por algun disparo inoportuno; en la de S. Vicente y plaza de Cajeros era donde la vigilancia de los Voluntarios se mostraba mas asídua. Delante de ellos y en la plaza de S. Francisco acampaba la tropa.

Las sombras de la noche empezaban á envolver los edificios; solamente sus pisos altos estaban iluminados por esa claridad ténue y difusa que presta á la atmósfera el último rayo de luz que se sumerge en la inmensidad del horizonte. Oíanse ya los primeros ¡alertas! de los centinelas, perdidos en la tortuosidad de las calles.

En la fuerte barricada de la plaza de Cajeros notábase alguna agitacion. Dos jóvenes oficiales de Voluntarios dirigian acaloradamente la palabra á un grupo; tratábase de un fenómeno singular en aquellas circunstancias. Los soldados que desde el primer dia se hallaban encerrados en la relojería del Sr. Marqués, esquina á la calle de S. Vicente, hacia ya muchas horas que no disparaban un solo tiro sin que constara por probabilidades mas ó menos ciertas su retirada.

Ante la fundada creencia de que se les habian acabado las municiones, los Voluntarios aconsejados por los dos bravos oficiales Enrique Genovés y Ramon Bartolí, que en tratándose de empresas arriesgadas no reparaban en peligros, tomaron la determinacion de aproximarse á la relojería y de obligar á los soldados que en ella estaban á entregarse.

Aprovechándose de la oscuridad atravesaron con ánimo resuelto la plaza de Cajeros guiados por los dos bravos oficiales y llegaron hasta el establecimiento. Si hubieran llevado á cabo la operacion con el sigilo que reclamaban las circunstancias, no hubieran tenido que lamentarse luego desgracias debidas á la imprudencia. Viendo las puertas sólidamente cerradas empezaron á descargar sobre ellas sendos y fuertes culatazos, acompañados de gritos pidiendo á la tropa que se entregara y abriera. En un momento acudieron á aquel sitio infinidad de Voluntarios: á cada instante que pasaba eran mayores el tumulto y la confusion. La casa permanecia en silencio, como si en su interior no hubiera sér viviente. Los Voluntarios re-

doblaban sus golpes; en la plaza solo se oían las voces de ¡Zamora, cuartel! ¡Sevilla, cuartel! frases con las que pretendían tranquilizar á los soldados para que se rindieran: algunos vivas á la república federal mezclábanse á esto produciendo una barahunda indescriptible.

Tanta agitacion no podia menos de ser notada por las fuerzas del ejército que al mando de Morales de los Rios acampaban por los alrededores de la plaza de S. Francisco: este gefe creyendo que los republicanos se le echaban encima por la bajada del mismo nombre, á aquella intempestiva hora, mandó preparar los cañones y al mismo tiempo destacó veinte soldados con un sargento para que procuraran llegar hasta la plaza de Cajeros.

Aquella pequeña fuerza avanzó por la Bajada de San Francisco con precaucion: los Voluntarios, cansados de golpear y de gritar en valde, preparábanse ya á retirarse á la barricada, á tiempo que la tropa destacada doblaba la esquina de la peluquería, y se presentaba de repente junto á ellos. Entonces lo que allí pasó, nadie aun lo ha podido relatar con toda su veracidad: la hora, el sitio, las sombras de la noche, la escitacion de los ánimos, la presencia tan cercana é inesperada de los soldados, hicieron creer á los republicanos que estos habian acudido á entregarse al oír sus voces de ¡cuartel!

Pensar esto, lanzar un potente viva á la república y arrojar en brazos de la tropa todo fué una misma cosa. Uno de los dos oficiales de Voluntarios estrechó al sargento de Sevilla contra su pecho con júbilo y efusion, pero los soldados que esto vieron y que no estaban en disposicion de apreciar aquellas incomprendibles muestras de cariño, creyeron que aquello era una emboscada que se les habia tendido, y amartillando sus fusiles dispararon á quema-ropa sobre los republicanos. Sonó una descarga intensa, seguida de una espantosa confusion: lamentos, voces de ¡nos han vendido! tiros, carreras, todo mezclóse para hacer mas difícil aquella lucha desesperada en medio de las tinieblas; y como si todo esto no fuera bastante, uno de los cañones de la plaza de San Francisco sonó con estrépito barriendo la calle con una granizada de metralla. Tres ó cuatro Voluntarios rodaron por el suelo juntamente con dos soldados; Genovés y Bartolí, bravos y entusiastas jóvenes, pagaron tambien con la vida su grandeza de sentimientos. ¡Jamás su recuerdo podrá borrarse del corazon de quien pudo apreciarlos y admirarlos!

VII.

Los soldados se retiraron á los pocos minutos, jurando y perjurando que habian sido víctimas de una traicion infame, cuando en realidad ni unos ni otros tenian culpa de aquellas dolorosas desgracias. Los Voluntarios ardian en furor á la vista de sus dos oficiales muertos, y trataban de tomarse una fiera venganza en la persona del sargento que levemente herido en la refriega habia caido en su poder.

Afortunadamente acudieron otros oficiales al sitio de la catástrofe y pudieron conducir á este desgraciado medio muerto de temor y de sorpresa, ante el Directorio, no sin haber tenido que contener por el camino el ímpetu de algunos Voluntarios que llorando de furor y de despecho por lo que ellos llamaban villano asesinato de sus oficiales, pretendian tomarse la justicia por su mano. Llevado de este modo á casa de Guerrero, este digno gefe que adivinó algo terrible, fatal y misterioso en aquel encuentro nocturno, pensó con mucho acierto y prudencia que no debía aventurarse juicio alguno sobre el particular hasta que no fuera bien conocido, y mandó trasladarle escoltado por Voluntarios armados á casa del Sr Muñoz y Navarro en donde ya hé dicho que se habia establecido un hospital de sangre y un depósito de oficiales prisioneros.

Todo esto es lo que hay de cierto en aquel sangriento hecho que es uno de los que mas han llamado la atencion y excitado la curiosidad.

CAPITULO XIV.

=

I.

El dia 12 por mañana dió á luz el Directorio la siguiente proclama:

**«Boletin general de los Voluntarios de la libertad
de Valencia y su provincia.**

¡VIVA LA REPUBLICA DEMOCRATICA FEDERAL!

Despues de cuatro dias de combate, hemos vencido moral y materialmente á la reaccion.

A los soldados prisioneros de guerra, les tenemos estendidas sus licencias; á los que han tenido la elevacion de sentimientos de pasarse á nuestras filas por evitar la ignominia de luchar contra sus hermanos, les daremos tambien sus absolutas y una comunicacion para los alcaldes de sus respectivos pueblos y gobernadores de provincia, á fin de que sean preferidos para el desempeño de los destinos de peones camineros, guardas, alguaciles, fontaneros y demas cargos municipales y provinciales; y por último, al sargento que ayer al grito de ¡viva la República! engañó villana y cobardemente á nuestros honrados correligionarios, que al oír aquel mágico grito, le abrieron los brazos, pagando su buena fé y probada lealtad con una descarga recibida á quema-ropa que el repetido tristemente célebre sargento ordenó á sus soldados, hasta este miserable será por nosotros perdonado y absuelto libremente, sin otro castigo que el de publicar su nombre por espacio de un año en todos los periódicos de la Nacion, para que todos los españoles y hombres honrados huyan de semejante monstruo como de un apestado.

Soldados: escoged entre la libertad con que os brinda la República ó la esclavitud con que os humilló la raza maldita de cien y cien reyes, con que os mancha el presente interregno, con que os envilece la por el desdichado Gobierno futura soñada monarquía.

Valencia 12 de Octubre de 1869.

EL DIRECTORIO.»

Como se vé, en esta hoja volante el Directorio parece que pretende arrojar todo el peso de la afrenta sobre el sargento de Sevilla; en efecto así lo creian todos en aquellos dias, así lo han seguido creyendo muchos despues, y hasta en una comedia de circunstancias que se representó hace poco tiempo en nuestros teatros, tomó motivo su autor de este recuerdo para formar uno de sus mas interesantes episodios. Sin embargo todas las indagaciones que he procurado hacer me atestiguan que aquel incidente, tuviera ó no lugar en el dia 11, fue puramente casual. y que de él no puede hacerse responsables ni á Voluntarios ni á soldados. Algunas personas fidedignas y testigos oculares así lo acreditan.

II.

Aquel día el vecindario empezó ya casi en masa á abandonar la ciudad; por las calles de la zona ocupada por los Voluntarios no se veían mas que familias cargadas de fardos y de lios de ropa, dirigirse hacia los barrios estramuros. Para que no fuera nadie molestado en las últimas barricadas, el Directorio concedía á todos un pase autorizado con su sello y á veces con la firma del bravo alcalde Llobell.

Los *insurrectos* acompañaban á los habitantes fugitivos hasta dejarlos fuera de todo peligro; hubo muchos vecinos que confiaron las llaves de sus casas á los que de esta manera noble y delicada se portaban. Una anciana paralítica fué conducida en brazos de dos Voluntarios hasta Campanar á la otra parte del río.

Previendo el caso de que llegaran á faltar provisiones para el casco de la ciudad que era del dominio de los republicanos, se dió orden de no dejar sacar alimentos de ninguna especie. Esta prohibición dió lugar á un hecho altamente significativo.

El centinela que estaba en la barricada á la esquina de la calle de la Carda, cumpliendo con la disposición del Directorio, retuvo en su poder dos cestas llenas de comestibles que conducía una familia. Notando luego que dentro de aquellas cestas habia dos cucharas y un cuchillo de plata, se hizo cargo de dichos objetos y los guardó en su casa hasta que pasados los dolorosos acontecimientos pudo hacer diligencias para saber el paradero de su dueño. Al fin, despues de algun trabajo y de un mes de tiempo pudo conseguirlo, teniendo la satisfaccion de recabar el correspondiente recibo, que habiendo llegado á mis manos casualmente, copio á continuación:

«He recibido de D. Francisco Villarrubia y Catalan, á presencia de D. José Carrillo y D. Federico Roseti, los objetos míos siguientes: Una cesta, una botella y una copa de cristal, un cuchillo con mango de marfil y dos cucharitas de plata. Valencia 21 de Noviembre de 1869.—Antolin Juan.»

Este recibo es un padron de honradez.

III.

La autoridad militar continuaba recibiendo refuerzos considerables por mar y por tierra; dos días antes habia llegado el

batallon de *voluntarios* guias de Prim, con el de cazadores de Alcantara; tambien la noche del 11 llegó la brigada de Palacios por el camino de Barcelona, compuesta de tres batallones de infanteria y algunos caballos, pernoctando en el pueblecillo de Albalat dels Sorells para entrar en fuego el 12. A las diez de la mañana de este dia fondeó en el puerto la fragata de guerra *Princesa de Asturias*, saliendo precipitadamente para Cartagena en busca de artilleria y proyectiles de grueso calibre para el bombardeo.

Los republicanos seguian firmes en sus puestos sin preocupar su atencion en los grandes preparativos militares que se desenvolvian en su contra: despues de cuatro dias de lucha casi continua y de privaciones sin cuento, en nada habia decaido su ánimo. Parecia que el espíritu invisible de su noble causa sostenia su esperanza y su ardoroso heroismo.

En el antiguo edificio de la Gobernacion, en la Lonja y en las Escuelas-pias trabajábase sin descanso en la fabricacion de pólvora, balas y cartuchos; traíase para ello el salitre y el azufre que podia encontrarse en los pueblos de las inmediaciones, y para que nada faltase en aquel concierto de esfuerzos en pró de la buena idea, en los talleres del Sr. Massip estaban formándose moldes de arena y de madera para fundir cañones.

Asombra tan alto grado de fé, de valor, y de sublimidad heroica.

IV.

En esta disposicion, el Capitan general obedeciendo al pensamiento que habia concebido de circunvalar la ciudad para hacer mas difíciles las comunicaciones de los sublevados con las afueras, mandó á la brigada de Palacios que apoyándose en la calle de Murviedro, tomada como hemos visto el dia anterior, cayera sobre el caserío de Marchalenes y camino de Burjasot para estenderse luego al dia siguiente por la huerta de Campanar, y llegar por la orilla izquierda del rio frente á Mislata.

La accion ó toma de Marchalenes vino á aumentar el largo catálogo de víctimas debidas al continuo tiroteo de las calles.

A las tres y media empezaron su movimiento las fuerzas del ejército, al mando, como ya he dicho, del brigadier Palacios. Componian la vanguardia de la columna de ataque dos compañías del batallon cazadores de Alcántara, siguiendo otras dos de Arapiles con picos y hachas para derribar puertas y paredes,

el segundo batallón del Infante, las piezas de artillería y los *Guías de Prim*, que llegados el día antes habían recibido la orden de pasar á formar parte de esta brigada.

Imitando lo que Velarde había hecho en el ataque de la calle de Murviedro, Palacios destacó por su derecha, ó sea por el camino de Burjasot y huerta de Campanar 150 hombres de Arapiles para que apoyaran el ataque que él iba á llevar á cabo por la parte de Marchalenes.

En estas operaciones, verificadas lentamente, trascurrió una hora. Por fin, á las cuatro y media y después de algunos tiros sueltos de las avanzadas, las cornetas ejecutaron el paso de carga, y toda la columna, oficiales y soldados, con Palacios á la cabeza, se precipitó sobre el caserío, guardado por un corto número de Voluntarios.

La lucha se trabó con fúria sin igual y parecida forma que el día anterior en la calle de Murviedro: los republicanos casi sorprendidos en su posición presentaron una resistencia desesperada; la tropa avanzaba siempre precedida de los cañones vomitando metralla, el terreno era disputado palmo á palmo, los tabiques de las casas derrumbábanse con estrépito, y las descargas sucedíanse sin interrupción.

Bien pronto la noticia inesperada de este ataque llegó al Directorio y á los barrios mas apartados: de la plaza de la Paja, de la Beneficencia, del Mercado y de otros puntos salieron refuerzos numerosos hácia la puerta de Cuarte; el entusiasmo era indescriptible. Sin embargo la tropa llegaba ya cerca del puente; casi todo el caserío de Marchalenes estaba en su poder: entonces fué cuando el combate recrudeció con violenta furia. Los Voluntarios juraron antes morir que abandonar el puente, y defendiéndose de los disparos de cañón tras de fuertes barricadas, empezaron á hacer sobre la columna un fuego horroroso que era sostenido al mismo tiempo por los republicanos colocados en el Miguelete, en el campanario del Carmen, en todos los puntos elevados de aquella parte de la ciudad, y en el pretil derecho del río.

La artillería del ejército avanzó con rugiente empuje, apoyada por el segundo batallón del Infante y la caballería; el puente retembló en sus cimientos, una lluvia de metralla ardiente barría cuanto encontraba á su paso, pero los bravos Voluntarios no cedían: si caía un lienzo de barricada volvían á levantarlo con serenidad imperturbable, si un cañonazo hacía rodar por tierra una fila entera de defensores, sus compañeros reemplazaban.

zaban prontamente aquel doloroso claro; era un magnífico espectáculo, en verdad.

La tropa habia tenido ya pérdidas considerables, habiendo caido mortalmente herido el gefe del batallon de Arapiles don Angel Mateo Sagasta, hermano del, por entonces, ministro de Gobernacion, causante de aquellos sangrientos acontecimientos.

La tarde empezaba á caer y la resistencia heróica de los federales era la misma: dos ó tres veces intentó la columna ganar el puente, pero otras tantas fue rechazada vergonzosamente.

Viendo pues la inutilidad de sus esfuerzos por apoderarse de la puerta Nueva como un punto importante para la entrada en la ciudad, Palacios mandó cesar el fuego y se replegó con sus soldados al caserio de Marchalenes y camino de Burjasot colocando despues á su vanguardia las piezas de artilleria de que disponia la brigada.

Aguel ataque ó accion fué en extremo doloroso para los Voluntarios que tuvieron que lamentar bastante bajas, siempre menores que las de las fuerzas del ejército.

Una bala de cañon dirigida acertadamente pasó por encima de parte de la poblacion y fué á penetrar en la torre del Miguelete destrozando una campana y causando algunos heridos entre los republicanos que desde alli hostilizaban á las tropas de Palacios. Lo mismo ó parecido sucedió en la del Cármen y en una azotea del barrio de Serranos, donde pocos dias despues de los sucesos se encontraon tres ó cuatro cadáveres de individuos pertenecientes á la partida del *Enguerino*.

Y para que nada faltara de grande y sublime en aquella desesperada lucha, hasta el ejemplo de una heroína podemos presentar en el inmenso cuadro en que campean tantas hazañas y tantos heróicos rasgos. Una jóven de familia acomodada, una niña aun de 15 ó 16 años estuvo sosteniendo toda aquella tarde el fuego desde la barricada de la puerta Nueva, sin hacer caso del peligro que la amenazaba y de la muerte que sembraba la destruccion á su alrededor. El Directorio, tan pronto como tuvo conocimiento de este hecho glorioso se apresuró á conceder á la valiente y arrojada jóven un testimonio de gracias en nombre del pueblo, á cuya defensa se habia consagrado.

V.

Al anochecer, y despues de haber cesado el fuego por la parte del rio, cuando el servicio de las barricadas empezaba á

relevarse, y la poblacion volvía un tanto á la tranquilidad, todas las campanas de las iglesias comprendidas en la zona republicana lanzáronse al vuelo, al mismo tiempo que en las calles empezaron á resonar nutridos vivas á la república federal. Aquellas muestras inesperadas de regocijo, de que era difícil darse explicacion, alarmaron un tanto al vecindario pacífico, hasta que por medio de un pregon hizo saber el Directorio que la plaza de Cartagena con su arsenal y sus fuertes se habia pronunciado en favor de la república, (1) y que en breve seguirían su ejemplo otras ciudades mas importantes.

Al mismo tiempo se repartió profusamente la siguiente proclama, que juntamente con el pregon anterior contribuyó á enardecer y sostener mas los ánimos:

«FEDERALES:

Nuestro es el triunfo: la reaccion intentó con sus maquiavélicos planes dominar á las huestes republicanas. ¡Vano intento! Los libres no reconocen dominacion de ningun género; la verdad es la claridad, y la verdad es el arranque del partido republicano.

Ciudadanos republicanos: á nuestra heroica defensa han respondido la mayor parte de las capitales de España; nuestros esfuerzos en el combate lo aplauden y admiran todos los libres; los déspotas se confunden y aterran. Para el complemento del triunfo (seguro, eso si), es menester la subordinacion mas completa al Directorio y gefes de la Milicia republicana. No dudamos que sereis fieles á sus mandatos; así hace dias lo venis demostrando; continuad, pues, con tan admirable organizacion y obediencia, y dentro de poco regocijados nos daremos el estrecho abrazo sintetizando en ello las tan sublimes palabras de unidad, libertad y fraternidad.

Ciudadanos: ¡Viva la República Federal! ¡Viva la libre España! ¡Abajo para siempre los tiranos!»

Desgracias accidentales ocurrieron algunas aquel dia de fuertes emociones; entre ellas podemos anotar las de dos mujeres muertas en el puente de Serranos, un labrador herido en la calle de Barcelonina, y tres muertes ocasionadas por el

(1) Esta noticia, aunque falsa, la dió el Directorio solo por referencias, y creyendo de buena fé que era cierta.

derribo de una pared en el camino de Burjasot, junto al huerto de Cameta, á consecuencia de un cañonazo.

Aquella noche continuaron formándose los moldes para fundir los cañones en los talleres del Sr. Massip. Dirigia estos trabajos un viejo oficial de artillería, republicano de corazon, que habia inaugurado su carrera militar en la guerra de la Independencia.

La fabricacion de las municiones seguia en grande escala.

CAPITULO XV.

=

I.

Tal resistencia, tanta sangre, tanto dolor, no podian prolongarse por mucho tiempo. El vecindario continuaba abandonando la poblacion: Valencia entera se doblegaba al peso de aquel quebranto, de aquel infortunio.

Los republicanos seguian con ánimo sereno construyendo nuevas defensas para poder resistir al ataque general que segun indicios no podia tardar mucho. Noticias de otras capitales no se tenia ninguna, á pesar de lo que el Directorio procuraba hacer creer para que el espíritu de los Voluntarios no decayese. Tres individuos del Ayuntamiento enviados el dia 10 respectivamente á Madrid, Barcelona y Zaragoza, para que dieran cuenta del estado aflictivo de Valencia, con el objeto de que estas ciudades secundaran el movimiento, se habian escondido vergonzosamente sin llenar la comision que se les habia confiado. Cuando todos esperaban henchidos de fé y de entusiasmo, que á sus esfuerzos en pró de la causa de la justicia, responderian nuestros hermanos del resto de España, gracias al aviso que por medio de dichos tres individuos se les habia mandado, el Directorio recibió el dia 13 por la mañana el siguiente parte del gefe de Voluntarios Sr. Ocon, que mandaba la línea de defensa de la calle de Cuarte:

«Señores de la junta de armamento y defensa: Desde antes de ayer, que como saben Guerrero y C... (1), se les dió á Gras, Franc y Soriano, la comision de ir á Madrid, Cataluña y Ara-

(1) Suprimo este nombre por motivos fáciles de comprender.

gon; hoy se encuentran aun en esta, lo cual es una infamia que ustedes juzgarán: yo cumplo poniéndolos á su disposicion.— Hoy 13 Octubre.—Ocon.»

Guerrero se contentó con mandarlos á casa.

Pudiera estenderme mas en este episodio, pero por la honra del partido á que pertenecian dichos señores no lo hago, dejando solo apuntado ligeramente el hecho para el encadenamiento feliz de los sucesos.

II.

Aquel mismo dia volvieron las personas de mas influencia en el vecindario á tomar la iniciativa para las negociaciones de paz.

Hé aquí cómo da cuenta de los esfuerzos que se hicieron para conseguirlo, el periódico *Las Provincias*:

«Por otra parte iba tomando consistencia el rumor de que la ciudad seria bombardeada, y las personas sensatas deploraban la sangre que se vertia de una y otra parte. Esto indujo á algunos á reunirse, formándose una comision que tomó la iniciativa, y en la que figuraban el señor marqués de Cáceres, celoso patricio, siempre dispuesto á trabajar en favor de Valencia, el Sr. Salines, conocido comerciante de la calle de San Fernando, D. Gerardo Estellés, rico propietario, y el notario Sr. Zarzoso, persona muy adicta á la situacion actual. Reunidos estos señores, se acercaron á algunos de los cónsules residentes en nuestra ciudad, pidiéndoles que les acompañaran cerca del capitan general para desempeñar una mision pacífica y humanitaria, que no tenia ningun roce con la política, en cuyo terreno querian mantenerse neutrales. Varios cónsules accedieron á este deseo, y con sus respectivas banderas se dirigió la comision al palacio del Excmo. señor arzobispo, á suplicarle les acompañase á la capitanía general. El prelado valenciano se hallaba en cama por efecto de lo delicado de su salud; pero apenas supo la visita que recibia en su palacio, se levantó del lecho, y acompañado del señor provisor y otros sacerdotes, se unió á la comision, dirigiéndose todos por el centro de la ciudad hácia la plaza de Santo Domingo, donde entraron á hablar con el Capitan general.

La comision manifestó sus deseos de que el conflicto que pesaba sobre Valencia tuviera un pronto desenlace, y para ello suplicó y rogó al Sr. Primo de Rivera que concediera á los su-

blevados las condiciones mas favorables en lo posible, para que depusieran las armas, encargándose de transmitir las al Directorio. Hemos oido que el señor arzobispo, llevado de su amor á la paz, hizo los mayores esfuerzos y suplicó y lloró, pidiendo clemencia. El Capitan general manifestó que las únicas condiciones que podia ofrecer si se rendian los sublevados á discrecion, era respetar la vida de los individuos, y recomendar al gobierno la clemencia de los gefes.

La comision se trasladó inmediatamente á las Escuelas-Pias, donde estaba constituido el Directorio, y despues de esponer sus deseos de paz y las condiciones que exigia el general, recibió como contestacion que el Directorio deliberaria aquella noche y les contestaria á las siete de la mañana del dia siguiente.

El Sr. Guerrero y los demás gefes del movimiento manifestaron á la comision que se habia dicho que los sublevados trataban mal á los prisioneros, y que deseosos de que se desmintiese esta falsedad, los habia reunido en las galerías del edificio para que los viera é interrogara. En efecto, la comision salió de las Escuelas-Pias, cruzando entre dos filas de soldados prisioneros, que no habian recibido ningun mal trato, y los gefes sublevados acompañaron al arzobispo hasta su casa palacio, alumbrando las calles con hachas de viento, y siendo vitoreado el prelado al pasar por las barricadas, muchos de cuyos defensores rendian las armas.»

III.

Las fuerzas del ejército aumentaban cada dia; habian llegado de Cataluña dos batallones mas de infantería, y de un momento á otro esperábase por la parte de Madrid una fuerte division al mando del general Alaminos y compuesta de las brigadas de Merelo y Búrgos. El motivo de no haber llegado ya, era que habia tenido precision de detenerse en Alcira para batir á una gruesa partida de republicanos capitaneada por Peris (a) *el Pintoret*. Sorprendidos éstos sin tiempo para defenderse no pudieron resistir el ataque de la tropa y se vieron obligados á retirarse, no sin haberla causado antes bajas dolorosísimas, muy especialmente al batallon cazadores de Madrid.

El general Alaminos se adelantó, despues de esta accion, á sus soldados y llegó á Valencia apresuradamente para concertar con Primo de Rivera el plan á que habian de obedecer las operaciones de todo el cuerpo de ejército.

Los Voluntarios seguían sosteniendo con vigor la resistencia, sin dejar avanzar un solo paso á la tropa posesionada de la calle de Murviedro y de Marchalenes, que viendo la imposibilidad de pasar los puentes, empezó á correrse en direccion á Campanar, siempre con la idea constante de circunvalar la poblacion.

En las calles de ésta continuaba sin interrupcion el tiroteo desde las barricadas, balcones y ventanas, siendo mucho mas vivo en los alrededores de la plaza de San Francisco y calle de San Vicente, donde de vez en cuando dejábase oír bronco y potente el estampido del cañon.

La situacion del vecindario se hacia mas y mas insostenible; las familias iban abandonando la ciudad. Las casas quedábanse desiertas. El peso de una angustia indecible gravitaba sobre Valencia.

Al medio dia recibió el Directorio un parte del gefe que mandaba los Voluntarios apostados en la calle de Cuarte, estramuros, en el que se decia que el ejército habia atravesado el camino de Burjasot y marchaba en direccion á Campanar por una parte, y por otra que se hallaban ya en Catarroja numerosas fuerzas de caballería, infantería é ingenieros dispuestas tambien á obedecer al mismo plan de bloqueo.

Estas fuerzas á que se referia el parte eran de la division de Alaminos que despues de la accion de Alcira venia sobre Valencia.

A medida que crecian las dificultades, crecia tambien el entusiasmo en las filas de los *insurrectos*, porque creian firmemente, y esta creencia hubiera sido fundada á no haber mediado el incidente de Franc, Gras y Soriano, que aquel movimiento habia sido secundado por otras capitales y que el gobierno no podria atender á sofocarlo. Sin embargo, despues de descubierto el mal proceder de dichos señores, cundió ya un tanto el desaliento al ver que nada de esto habia sucedido, y que numerosos cuerpos de ejército se agrupaban alrededor de Valencia. Colocados en tan difícil situacion, los republicanos ya no pensaron mas que en defenderse hasta morir, ó en rendirse con condiciones ventajosas para su honor, ya que ellos no habian sido la causa de aquel conflicto. Así es que, cuando la comision de vecinos negociadores trasmitió la voluntad del capitan general al Directorio, éste determinó reflexionar con calma y aplazar para el dia siguiente la contestacion que se merecia.

IV.

Aquella tarde tuvo lugar un episodio digno de narrar con todos sus interesantes pormenores.

Continuamente molestados los Voluntarios de la plaza de la Ecurada por el fuego certero de los soldados situados en la confitería de la calle de San Vicente, esquina á la de la Sangre, determinaron adelantarse y apoderarse del convento de San Gregorio que dá frente á la misma calle para ver si desde allí podían conseguir desalojarles de tan ventajosa posicion. En efecto, parte de una compañía del tercer batallón con cincuenta hombres mas de la partida del *Enguerino* penetraron aquella mañana en el convento por la puerta que cae á la calle de Gracia y se prepararon á contestar desde allí al tiroteo de la confitería.

Las pobres monjas de San Gregorio y las adoratrices del Sacramento, que habitaban el edificio se hallaban desoladas. Las balas de cañon penetraban hasta sus mismas habitaciones, destrozándolo todo con ciega y terrible saña; el polvo, el estruendo, los escombros, las privaciones, la prolongacion de aquella lucha sangrienta y fratricida, obligáronlas á pedir á los Voluntarios que las sacaran y las condujeran á otro lugar menos peligroso aun á costa de los mayores sacrificios por su parte.

El oficial de la Milicia popular que mandaba aquel destacamento ofició al Directorio en los siguientes términos:

«Las religiosas del convento de San Gregorio que ocupo con alguna fuerza de mi mando, piden con insistencia que se les deje salir de él á causa de los proyectiles que entran por las ventanas; mas como el que suscribe no tiene facultades para permitirles la salida, lo pone en conocimiento de Vdes., á fin de que determinen sobre este asunto lo que crean oportuno, esperando contestacion con la urgencia que el caso requiere. = El capitan de la fuerza, C.... M....»

El Directorio no tardó mucho en contestar afirmativamente, disponiendo que las monjas y adoratrices fueran trasladadas al Hospital provincial.

Entonces tuvo lugar la escena de enterneamiento y de grandeza. Eran las últimas horas de la mañana; la lucha recrudecía por los alrededores de aquellas calles; el tiroteo era cada vez mas intenso, cada vez mas continuo. Algunos heridos atra-

vesaban la espaciosa plaza de la Escurada, en direccion al Hospital. Las religiosas de San Gregorio empezaron á salir del convento, muertas de temor y de sobresalto, y rodeadas de los bravos Voluntarios que no osaban levantar la vista ante el dolor profundo de aquellas infelices mujeres.

Era un espectaculo sin igual ver á los hijos del pueblo, roto y despedazado el traje en el combate, y ennegrecido el rostro por el humo de la pólvora, conducir casi en brazos á las religiosas desfallecidas, tratarlas con cuidadosa solicitud y animarlas con frases consoladoras en su angustioso trance. Si por algo debiera coronarse á Valencia de gloria al tratarse de estos sangrientos sucesos, seria por su belleza de sentimientos, seria por su grandeza de corazon, seria porque, como dijo Barcia, practicó «la caridad dentro de la guerra, la ley del amor dentro del ódio.»

Con las monjas salió tambien el Santísimo Sacramento; en medio de aquel trastorno, en medio de aquella tribulacion, el sentimiento religioso dominó todos los afectos y halló eco en todos los corazones. Al pasar la triste comitiva por la plaza, un agudo toque de corneta dió la señal de atencion; los defensores de las barricadas y los Voluntarios que se encontraron al paso doblaron la rodilla y se descubrieron. Reinaba un profundo y respetuoso silencio: aquellos hombres curtidos en la pelea, que rendian sus armas ante el Sér invisible, cuya presunta presencia les confundia, ofrecian á la vista un conmovedor espectáculo.

Con un cielo azul y esplendoroso por techumbre, con héroes por testigos, junto al fragor de la encontrada lucha, aquel no era un acto de misticismo inconsciente; era la espontaneidad del sentimiento religioso abriéndose paso á través del choque de las pasiones, era el corazon que hablaba por encima de toda exaltacion, de todo encono.

Llegadas al Hospital las monjas aposentáronse en el departamento de las hermanas de la Caridad, y los Voluntarios que las habian custodiado volvieron al convento de San Gregorio con el objeto de sacar de él toda clase de comestibles, como arroz, pan, harina, aceite y garbanzos, que reunidos en veintisiete bultos fueron conducidos tambien al Hospital. Las alhajas del templo no sufrieron avería alguna.

Un pobre Voluntario que se encontró por casualidad un bolsillo repleto de dinero que en la confusion de la partida habíasele estraviado á la priora de las religiosas, corrió sin perder un segundo á entregarlo en sus propias manos, sin que-

rer aceptar por su servicio recompensa de ningun género. Este bello rasgo inspiró los siguientes versos á D. Francisco Palanca, el autor de *¡Valencianos con honra!*:

D. JUAN. Un voluntario encontró
un bolsillo de dinero
en el convento, y ligero
hacia el Hospital corrió.
«La priora, la priora»
(preguntó); le presentaron,
y cuando juntos se hallaron,
dijo el valiente—«¿Señora,
quedó por casualidad
hoy en su celda olvidada
alguna cosa?»—Yo, nada,
no recuerdo.»—«Recordad.
¿Un bolsillo?»—«Justo, sí,
con los fondos; ¡lo he perdido!»
y él contestó enternecido:
—«Señora, miradle aquí.
¿Es este?»—«El mismo.»—«Aquí están
las monedas, el dinero.»
¡Bravo! ¡Y es un jornalero
que tal vez no tenga pan!

Tan exageradamente exactos en su deber fueron aquellos bravos, que ni aun osaron probar la comida que en el convento se habian dejado hecha las monjas, siendo así que hacia mas de veinticuatro horas que no habian tomado ningun alimento.

«Esos hombres son los republicanos, acabaré diciendo con Roque Barcia, la turba, la canalla, el aduar de bohemios, la ranchería de beduinos.»

CAPITULO XVI.

I.

En la noche del miércoles se reunió el Directorio, la junta de armamento y defensa y los principales gefes de la Milicia, en las Escuelas-Pías, con el objeto de dar una contestacion clara y terminante al Capitan general por conducto de la comision que oficiosamente se habia brindado á entablar las negociaciones de paz. Viendo que el resto de España no habia salido de su tranquilo estado y que nada podian esperar en su auxilio, la mayoría de los ánimos se inclinó á un arreglo honroso, que dejara en buen lugar á los que se habian visto obliga-

dos á hacer uso de las armas por la artera conducta de las autoridades.

A la mañana siguiente, jueves 14, la comision negociadora recibió esta respuesta con encargo de trasmitirla á Primo de Rivera:

«Autorizamos á la comision para que pueda hacer el uso que estime conveniente del acuerdo tomado en junta de oficiales de los Voluntarios de la libertad, sobre los medios de terminar la lucha que existe entre nosotros y las tropas del general, que la misma comision nos ha propuesto. Depondremos las armas para evitar á Valencia los horrores de un bombardeo, con que ha prometido el general arrasarla, para que nunca pueda creerse que para nosotros hay otra idea tan sagrada como los intereses y tranquilidad de nuestros conciudadanos; pero queremos que conste que, no habiendo tenido gefes los Voluntarios el primer momento de la lucha, los oficiales de los cuerpos no pudieron mas que, como individuos, ir al lado de sus compañeros, y las autoridades municipales, sostener el orden y atender á las necesidades, lo cual han cumplido con entera satisfaccion del vecindario;

Que esto no ha sido pensado, sino que nos hemos encontrado en los hechos por la fuerza de las circunstancias;

Y por lo tanto que á todos se les respetará sus vidas, personas é intereses, por no haber habido motores ni instigadores, sino circunstancias insuperables—y si se respetan las vidas de todos, se depondrán las armas, y volverá cada uno á sus casas;

Y para uso de la comision le damos este acuerdo.

Valencia 14 de Octubre de 1869.»

Esta acta iba firmada por el secretario de la junta de oficiales de la Milicia.

«La comision, dice *Las Provincias*, pasó inmediatamente á avistarse con el Capitan general, á quien dió cuenta del acuerdo de la Milicia, contestando S. E. que no podia admitir otra proposicion que el cumplimiento de su mandato del dia anterior. La comision le suplicó que diese alguna tregua para inclinar el ánimo de la Milicia á admitir aquella orden, lo cual fué rechazado por el Sr. Primo de Rivera.

En vista de este resultado, parte de la comision determinó salir para Madrid, contándose entre sus individuos el Sr. Pascual y Genís.

Este señor, que como vice-presidente de la Diputacion provincial, es persona muy conocida en la ciudad, trataba aquel

dia de salir de ella con su familia, pero no llevando pase, fué detenido, como era natural, en las barricadas, y conducido á presencia del Directorio, que inmediatamente dispuso que no se pusiera inconveniente á su salida, á pesar de que por sus relaciones intimas con el Gobernador de la provincia habia producido su encuentro alguna escitacion entre los Voluntarios. En las Escuelas-Pias, centro del Directorio, se encontró el Sr. Pascual y Genís con la comision pacificadora, y se agregó á ella.

A las ocho de la noche, despues de un penosísimo viaje, llegó á Alcira la comision, que la formaban los Sres. Pascual y Genís, Zarzoso, Salinas y Estellés. El ministro de la Guerra, estaba pidiendo con mucha urgencia noticias de la insurreccion por medio del telégrafo, y el empleado rogó á estos señores que se pusieran en comunicacion con el general Prim, lo cual efectuaron, mediando un diálogo telegráfico entre el general y los comisionados, en el cual, despues de varias preguntas sobre el estado de Valencia y objeto de la comision, esta le dijo:

—La comision sabe las posiciones y disposiciones de todos, en cuanto cabe, y puesto que V. E. cree que es tan urgente, dirá que el Capitan general quiere que se rindan á discrecion, concediendo la vida á los que no sean cabecillas y estos quedarán sujetos á la clemencia del Gobierno, y si no bombardeará á la plaza.

Valencia toda no quiere que lleguen estos horrores, incluso los cónsules extranjeros, que acompañaron á la comision, y los sublevados oyeron los deseos de la ciudad, y están dispuestos á retirarse á sus casas y deponer las armas, pero salvando la vida é intereses y seguridad personal á todos, y Valencia entera agradecida á la honradez y atenciones con que el ayuntamiento, gefes de la Milicia y Voluntarios se han portado, aun con los enemigos, nos ha encargado que logremos por cuantos medios estén á nuestro alcance que obtenemos la seguridad completa para todos, quedando hermanos como antes todos los liberales.

Si habláramos personalmente esplicaríamos á V. E. la série de circunstancias insuperables fatales é inesperadas que han sido la causa, contra la voluntad personal de todas las autoridades.

—Enterado: no necesitan Vdes. venir á Madrid, por que la solucion de los sucesos de Valencia no es posible demorarla.

Si Vdes. tienen la bondad de esperar una hora, llevarán al Capitan general de Valencia mi última y definitiva resolución.

—Esperamos la contestacion y solucion de S. E.»

Trascurrido algun tiempo, se recibió esta contestacion:

«El ministro de la Guerra á los comisionados.—Mi última y definitiva resolución es la contenida en el siguiente despacho que ruego á Vdes. entreguen mañana de madrugada 15 del actual, al Capitan general de Valencia.

«Madrid 14, á las once y treinta de la noche.—El ministro de la Guerra al Capitan general de Valencia.—Como última y definitiva resolución del Gobierno, puede V. E. conceder la garantía de la vida á los insurrectos, incluso sus gefes, siempre que se entreguen como prisioneros de guerra á la clemencia de S. A. el Regente del reino.»

¿Los comisionados se ofrecen á trasmitir el despacho con la premura que las circunstancias exigen?

—La comision llevará inmediatamente el despacho de V. E. al Capitan general de Valencia, y la misma dá las gracias por su parte al Gobierno y V. E. por la prontitud y consideracion con que han sido atendidas sus gestiones.

—Yo á mi vez doy á ustedes gracias por sus buenos deseos y les saludo.»

Esta es la copia exacta de la curiosa correspondencia telegráfica habida entre los individuos de la comision y el presidente del Consejo de ministros.

Como se vé, el *ultimatum* de este se diferenciaba bien poco ó nada del que Primo de Rivera habia dirigido anteriormente al Directorio; de todos modos, la mayor parte de los comisionados determinaron seguir por el ferro-carril hasta Madrid, con el ánimo de influir mas directamente en las determinaciones de los ministros, mientras D. Ecequiel Zarzoso volvió á Valencia á entregar al Capitan general la contestacion del gobierno.

II.

El dia antes, miércoles, habian recibido los individuos del Directorio un oficio del administrador del Hospital provincial, remitiendo copia del que á él le habia mandado el Capitan general asegurándole que las tropas del ejército respetarian y guardarian toda clase de consideraciones al establecimiento benéfico que administraba. El Directorio contestó que quedaba

enterado y que otro tanto ó mas habian hecho los Voluntarios, puesto que hasta se habian dedicado á proporcionar recursos á los enfermos y á los heridos. Poco tiempo despues, cuando llegó el dia del bárbaro bombardeo, vino la ocasion de demostrar en dónde residia la caballería, si en el ejército ó en la Milicia popular.

Tambien el Capitan general rogó por escrito al Directorio que cuidara bien de los heridos militares y no maltratara á los prisioneros; ninguna necesidad habia de esta advertencia, puesto que ya hemos visto en el curso del relato, de qué modo procedian los *insurrectos* con los infelices que á su clemencia se acogian, mientras que el Sr. Primo de Rivera tenia hacinados en un oscuro cuartucho de la plaza de Tetuan, á un centenar de honrados y pacíficos ciudadanos aprehendidos por la tropa en sus casas, solo por el gran delito de *parecer ser* republicanos. El paralelo entre una y otra conducta lo ha establecido ya el juicio infalible de la pública opinion.

III.

La fundicion de los cañones en los talleres del Sr. Masip adelantaba rápidamente. Aquel dia, 14, pudo ya colocarse una pieza en el campanario de Santa Cruz, desde donde incomodaba con sus disparos á las fuerzas del ejército apostadas en el llano de la Zaidía y en Marchalenes. Al mismo tiempo continuaba fabricándose pólvora en grande escala en los edificios de la antigua Gobernacion civil, de la Lonja y de las Escuelas-Pias, haciéndose cartuchos de todos los calibres, segun las diferentes clases de armas de fuego de que disponian los Voluntarios, y construyéndose tambien balas cilíndricas para los cañones, y gran número de botes de metralla.

El entusiasmo, lejos de disminuir, crecia, si bien un poco mas racional que en los primeros dias; se pensaba ya mas en la suerte de Valencia; se consideraba la aflictiva situacion del vecindario, se reflexionaba en la gravedad de las circunstancias, pero por encima de todo esto aparecia siempre la criminal intransigencia del Capitan general y del Gobierno, sacrificando en aras de su orgullo los sagrados intereses de la poblacion.

IV.

El ejército reunido alrededor de la ciudad era numeroso: la division de Alaminos habia pasado ya de Catarroja, y desplegándose en ala habia emprendido un movimiento convergente hácia el Noroeste de la poblacion para poder formar la línea de bloqueo juntamente con las tropas que desde Campanar habian llegado hasta Mislata.

Aquella misma tarde (jueves 14) llegó al puerto del Grao todo el material de guerra para proceder al bombardeo, á bordo de la fragata *Berenquela* que lo traia de los parques de Cartagena. Destinadas algunas secciones del ejército juntamente con la marinería del buque para su desembarque, en breve fué trasladado á tierra y conducido á las afueras de Valencia juntamente con la artillería de la fragata mandada por su segundo comandante.

El rumor de todos estos preparativos y operaciones llegaba al interior de la zona *insurrecta* envuelto en la exageracion mas estremada y acompañado del anuncio de un ataque formal y decisivo precedido de un cruel bombardeo. Las pocas familias que quedaban en la poblacion eran presas del mas terrible pánico: en las calles reinaba un triste silencio; los esforzados Voluntarios empezaban ya á demostrar públicamente su furor y desesperacion al ver estrellarse sus esfuerzos titánicos en la impotencia, ante las armas desiguales y cobardes de que iban á valerse sus contrarios para vencer su heroica constancia.

V.

Era la tarde del jueves; aquel dia por la mañana habia entregado el Directorio, como hemos visto, su contestacion á las proposiciones del general y esperaba por el intermedio de la comision negociadora el *ultimatum* del Gobierno. El Directorio callaba y seguía aumentando los preparativos de defensa, sin creer jamás en la posibilidad de un bombardeo infame, y juzgando que los hombres colocados al frente de la nacion acabarian por reconocer la injusticia de su conducta intransigente y dura.

A las diez de la noche oyéronse descargas por el puente Nuevo y barrios del Cármén: las campanas lanzaron al viento el toque de somatén que en alas del silencio de la noche intro-

dujo la alarma y la inquietud entre los republicanos. Con la inminencia de un ataque general, la gente estaba sobre aviso, de modo que en pocos minutos toda la fuerza de Voluntarios se hallaba sobre las armas, y gruesos pelotones corrían al sitio del combate.

Creiendo llevar á cabo una sorpresa, la tropa de las calles de Murviedro y Marchalenes se había acercado cautelosamente á las barricadas que cerraban la entrada de la ciudad por la que antes era puerta de San José, y había intentado abrirse paso juzgando desprevenidos á los Voluntarios. Como no podía menos de suceder, al ver la resistencia que encontraba, tuvo que retirarse, no sin haber dado lugar á una sangrienta escaramuza, en la que no por cierto llevaron la mejor parte los soldados.

En este ataque nocturno en que jugó también la artillería, estrenóse con éxito uno de los cañones salidos de los talleres del Sr. Massip y que los Voluntarios se apresuraron á colocar en el sitio de mas peligro y donde mas necesarios eran sus servicios.

A las once de la noche había cesado ya el fuego por completo y la ciudad volvía á su doloroso silencio solo interrumpido por el «¿quién vive?» de los centinelas apostados en las barricadas.

CAPITULO XVII.

I.

En medio de la precipitación de los acontecimientos llegó el día 15. La situación era la misma. Los Voluntarios permanecían guardando sus fuertes posiciones, manteniendo á raya al ejército y esperando de un momento á otro el ataque general de parte de éste.

Habíanse acabado de fundir los cañones en los talleres del Sr. Masip, y los *insurrectos* se dedicaron á colocarlos en diferentes puntos estratégicos, en la siguiente forma: uno frente á la confitería de la calle de San Vicente, en la torrecilla de una casa de la plaza de la Escurada; otro en el cuartel del Pilar, guardado por los republicanos del Grao; otro en la barricada que cerraba la ciudad por la plaza de la Paja; otro junto

á la casa de Beneficencia; y los dos restantes hasta el número de seis, uno, como ya hemos visto, en el puente Nuevo, y el otro en el campanario de Santa Cruz. A pesar de lo que se ha dicho despues sobre la poca aptitud de estas piezas para el servicio á que estaban destinadas, (1) lo cierto es que llenaron su objeto mas cumplidamente de lo que se esperaba, infundiendo al mismo tiempo el entusiasmo en los Voluntarios, gozosos de su obra.

La mayor parte de estas piezas eran servidas y guardadas por republicanos del Grao y del Pueblo Nuevo del Mar, gente de marinería que era á propósito para el caso por haber pasado largos años de su vida en los buques de guerra y en los parques y arsenales.

Las barricadas que guardaban la primera línea de defensa continuaban reforzándose con nuevas filas de adoquines y de losas, aumentando su número de aspilleras y tomando mas proporciones de solidez, y de seguridad para los tiradores.

Los Voluntarios seguian esforzados, pero serenos en la tranquilidad del que tiene conciencia de la penosa situacion en que le ha colocado la ceguedad del provocativo insulto, estóicos en la severa calma del que ha jurado morir antes que perder su honra villanamente abofeteada.

II.

El individuo de la comision negociadora de la paz, Sr. Zarzoso, que como hé dicho habia vuelto desde Alcira para entregar á Primo de Rivera la última resolucion del Gobierno, habia llegado á Valencia á las siete de la mañana de aquel dia

(1) El periódico carlista *El Tradicional* las describia pocos dias despues del modo siguiente:

«Ayer vimos dos de los cañones de á cuatro, y hierro fundido, construidos en la fundicion del Sr. Masip, los cuales no ofrecen seguridad ninguna, pues sobre no tener ningun refuerzo en sí la pieza, por carecer de la faja alta de la culata, sobre muñones y brocal, tampoco para su manejo y puntería estaba dispuesto, careciendo por lo tanto del tornillo de puntería y cascabel, si bien tenia en la parte superior del brocal un punto de mira de bronce embutido á mazo y soldado despues.

Las punzoneras sobre que descansaban los muñones no eran mas que unas mortajas ó muescas practicadas en los maderos que servian de afuste, los cuales estaban unidos por un madero en la parte posterior y por la céntrica con el eje de hierro que sujetaba las gualderas, el cual recibia á sus extremos dos ruedas que parecian ser las delanteras de una diligencia. Al decir de personas competentes, no ofrecian condicion alguna servible.»

(viernes 15), pasando inmediatamente á avistarse con el Capitan general con el objeto de llenar cumplidamente su comision. De allí se trasladó, atravesando mil peligros y contrariedades á las Escuelas-Pias, donde comunicó al Directorio el resultado de las gestiones practicadas, dándole cuenta de la contestacion telegráfica del presidente del Consejo de ministros. Los gefes republicanos dieron las gracias al Sr. Zarzoso por sus inapreciables servicios en aquellos dias de prueba, tomando la determinacion de no hacer nada hasta que oficialmente no se les transmitiera el *ultimatum*.

En esta indecisa situacion continuó aquel dia 15 entre los preparativos de una y otra parte para el ataque decisivo, cuya proximidad hacia temer grandes y dolorosas desgracias: sin embargo, á pesar de todos estos rumores alarmantes, todavía abrigaba el vecindario pacífico alguna esperanza de que la terminacion de la lucha no habia de hacerse esperar mucho por medio de un arreglo honroso que colocara en tan buena posicion á los vencidos como á los vencedores. En cuanto á la posibilidad de un bombardeo como remedio heróico para acabar con la *insurreccion*, ni siquiera se sospechaba por los Voluntarios, que eran los que mas interés tenian en averiguar su certeza; resistíase á aquellos sencillos y honrados corazones el creer que un gobierno apellidado liberal se valiera de tan ruines armas contra una ciudad completamente abierta y sin defensas naturales, teniendo á su disposicion un ejército numeroso y aguerrido, é inmensos recursos para un ataque leal y noble. No obstante esta seguridad de los Voluntarios, los habitantes no se encontraban tranquilos en la ciudad y continuaban abandonándola, esperando ver caer de un momento á otro sobre ella las iras de una obcecacion estremada.

No obstante de que el Directorio no conocia oficialmente la decision del gobierno, sabia ya á qué atenerse respecto á la *condescendencia* que merecia su levantada y laudable conducta á los ojos de los hombres del poder que habian sido causa de aquellos sangrientos sucesos. El gobierno, desconociendo la falta imperdonable de sus representantes en Valencia, desestimaba la peticion de los *insurrectos* en la que le demandaban respeto á la vida y á la libertad de todos los comprometidos en los acontecimientos, ya que ellos no habian sido los provocadores, sino los provocados: ante esta imprudente negacion ¿qué podian hacer decorosamente los republicanos que habian agotado todos sus esfuerzos para evitar á la ciudad un resultado funesto, y para conseguir una transaccion honrosa y digna?

¿De quién era en este último caso la responsabilidad de todo lo grave que tras esto pudiera ocurrir? Renuncio á responder á estas preguntas, porque ellas mismas se contestan.

No habia, pues, otro remedio por parte de los republicanos que aceptar la situacion con todas sus consecuencias y esperar tranquilos el resultado de aquella lucha desigual y titánica que amenazaba sepultar en sangre y ruinas la ciudad entera.

III.

Entretanto, algunas de las familias que por la mañana habian abandonado la ciudad, volvian pesarosas por no haber podido atravesar sin peligro el cordon de tropas que la rodeaba. El ejército se habia apoderado de las afueras y habia establecido un riguroso bloqueo. Los víveres empezaban á ir ya escasos: la situacion tomaba un tinte sombrío. En las calles de la poblacion reinaba el silencio de los sepulcros; solamente en la de San Vicente y en la Puerta Nueva tronaba el cañon y ensordecia el tiroteo.

Si aquella situacion insostenible hubiera durado unos cuantos dias mas, Valencia hubiera muerto de dolor, de angustia, de tristeza.

Estando ya en la víspera del memorable dia 16, bueno es que diga algo acerca de las fuerzas de uno y de otro bando, de las posiciones que ocupaban, y de los preparativos á que se dedicaban para llegar á las manos.

El número de los republicanos que algunos han tratado de elevar á diez y doce mil, no escedia de seis mil, de los que cuatro mil eran pertenecientes á los seis batallones de la Milicia popular de Valencia, y los restantes á las partidas que de diferentes puntos de la provincia habian acudido. Carecen, pues, de exactitud las exageradas cifras que algunos se han empeñado en presentar para desvirtuar en todo lo posible el heroico esfuerzo de aquel puñado de hombres que estuvo resistiendo y manteniendo á raya por espacio de tan largos dias á un ejército valiente, disciplinado y aguerrido.

Estos seis mil Voluntarios ocupaban, segun puede verse en el plano que acompaña á la obra, el dia 15 y 16 antes del bombardeo, las dos terceras partes de la poblacion, ó sea una grande zona limitada hácia el Este por la puerta y calle de la Trinidad, calle de San Salvador, plaza de la Constitucion, de la

Almoina, palacio Arzobispal, calles de las Avellanas y Campa-
neros, plaza de Santa Catarina, San Martin, Villarrasa, Ribot,
Embajador Vich, Pelota, Cajeros y calle de San Vicente; hácia
el Sur, por esta misma calle, plaza del Presidio, de la Escura-
da y Hospital provincial; hácia el Oeste, por la huerta de Pa-
traix, inmediaciones de los molinos de Ventimilla y Nou-Moles,
y calle de Cuarte, estramuros; y hácia el Norte, por el rio, á
cuya orilla opuesta tenia colocados algunos cañones la tropa.
Los hombres del valiente *Enguerino* guardaban las avanzadas
con bravura y con teson.

Las fuerzas del ejército, que segun cálculos ascendian á
20,000 hombres, ocupaban en la ciudad las mismas posiciones
que el segundo dia, pues no habian podido adelantar un solo
paso en el interior de las calles; en cambio habian logrado
apoderarse de los alrededores, colocándose de la siguiente ma-
nera, dispuestas al ataque general que habia de acompañar al
bombardeo: para cubrir el frente de la calle de Cuarte é in-
mediaciones, y con el objeto de impedir la salida de la pobla-
cion á los Voluntarios, segun decia Alaminos en el parte oficial
dirigido al gobierno, se hallaba el brigadier Merelo, establecido
en el huerto de Chuliá y en el molino de Nou-Moles con el
segundo batallon del primer regimiento de ingenieros, una com-
pañía del de Aragon, dos de artillería de montaña y dos es-
cuadrones de caballería; seguian á esta brigada manteniendo
comunicacion con ella, dos compañías de ingenieros situadas en
Patraix, y por último, cuatro compañías mas del mismo cuer-
po con otras tantas de cazadores de Reus, el batallon de los de
Madrid y cien guardias civiles, estaban escalonados á la entra-
da de la calle de San Vicente, plaza de Toros y Ruzafa, com-
poniendo entre todos la division del citado general Alaminos, á
quien la opinion pública, justa é inexorable, acusa de haber
sido el instigador de todos los males que con el bombardeo
descargaron sobre Valencia. A esta division apoyaban dos
tercios de la Guardia civil al mando del coronel Villanueva.

Partiendo de Mislata y atravesando el rio Turia con direc-
cion á Campanar se hallaban las tropas del brigadier Palacios,
que á mas de ocupar estos dos pueblecillos llegaban tambien al
camino de Burjasot y al caserío de Marchalenes, uniéndose con
la brigada de Velarde que se hallaba posesionada de la calle de
Murviedro.

La parte restante del ejército defendia las posiciones inte-
riores de la poblacion, hallándose establecido el cuartel gene-
ral en la casa-palacio de Primo de Rivera.

IV.

Durante todo aquel día y mientras las tropas acababan de colocarse convenientemente, las baterías de bombardeo se iban montando con ayuda de la marinería de la fragata *Berenguela*: después de costosos trabajos y de haber tenido que hacer una triangulación en el terreno por carecer de sitios elevados que dominaran la ciudad, aquella noche quedaron ya arregladas en los puntos elegidos de antemano.

Todo el poderoso tren de batir se componía de diez y seis piezas de grueso calibre y ocho cañones de montaña, además de los obuses de la *Berenguela*. Las baterías estaban dispuestas del modo siguiente (véase el plano): la primera junto á Patraix, mandada por el comandante de artillería Sr. Sancho; la segunda, dividida en dos secciones, una en la plaza de San Agustín y otra en la de San Francisco, á las órdenes del capitán Mestre; la tercera también en dos secciones, de las que, una se hallaba en el patio del convento de monjas de Jerusalem y otra un poco más atrás, bajo la dirección del comandante Orduña; y la última seccionada igualmente en dos, junto á Marchalenes y á la calle de Murviedro, dirigida por el capitán Hore.

Al mismo tiempo que se desarrollaban estos terribles elementos de destrucción y de muerte, el Directorio republicano, sublime en su angustiosa situación, sostenía el intrépido valor de los Voluntarios por medio de una proclama en que aseguraba que la insurrección se había propagado á Cataluña, Aragón y Andalucía, y que en breve toda España respondería al grito de dolor de Valencia.

Esta proclama pudiera llamarse la última sonrisa de la insurrección.

Aquella noche ofrecían extraño espectáculo las calles: en las barricadas y cuerpos de guardia de los Voluntarios hablábase en voz baja de rumores siniestros venidos de fuera y que anunciaban la próxima catástrofe; decíase que habían desaparecido algunos oficiales de la Milicia, y que si al día siguiente no podía concertarse la transacción con el gobierno, el Directorio daría la orden de retirada al campo, ante la imposibilidad de una formal resistencia. En las Escuelas-Pías se hallaban reunidos los gefes de los batallones en sesión permanente y secreta, adoptando disposiciones apremiantes y esperando de un momento á otro que el Capitán general les participara

oficialmente la resolucíon del ministerio, para decidir de su conducta y actitud.

En todos los ánimos se hallaba retratada la ansiedad, la rabia comprimida.

La noche en tanto avanzaba á alcanzar un nuevo día de desolacion y de horrores.

CAPITULO XVIII.

=

I.

El sábado 16 de Octubre llegó por fin; era uno de esos días de Otoño, claro y hermoso, en que la Naturaleza parece espaciarse en su propia contemplacion antes de vestir el triste ropaje del invierno. El sol radiante y esplendoroso inundaba con torrentes de luz el espacio azulado, inmenso; y sin embargo, aquel día con sus bellezas, con su sol, con su cielo, envolvía á la ciudad en una atmósfera de tristeza, de angustia y de muerte. El peso de una fatal maldicion parecia desplomarse sobre Valencia comunicando á todo un tinte pálido de vagoroso temor, de lúgubre presentimiento.

A los primeros albores de la mañana, una agitacion desconocida notóse en la zona de la poblacion y en sus alrededores ocupados por la tropa; las bandas de música de los cuerpos empezaron á tocar diana; el galope de los caballos resonaba confundido en las calles con las voces de mando y las agudas notas de las cornetas de órdenes, mientras que en las afueras y lejos del alcance de los republicanos, rodaban por medio de los campos los furgones de artillería cargados de municiones hasta la tapa.

Eran las siete; el vecindario de esta parte de la ciudad empezó á comprender algo extraño en esta agitacion y en este movimiento, máxime cuando segun noticias de origen militar se daba por muy segura la proximidad del bombardeo.

Pronto se desvanecieron las dudas; á las siete y media fijábase en algunas esquinas de la zona ocupada por el ejército, una alocucion manuscrita, copia de la comunicacion que el Capitan general decia dirigir á los *insurrectos*, y en la que aseguraba que si en el término de DOS HORAS no procedian éstos á su entrega, la ciudad seria bombardeada, y atacadas simultáneamente las posiciones republicanas.

Tan pronto como esta disposicion pudo ser conocida de los vecinos comprendidos en aquella parte, la emigracion de las familias empezó en grande escala: el plazo era por cierto bien corto y apremiante. La salida de la poblacion por los parages ocupados por la tropa era fácil y espedita; así es que en breve los soldados quedaron casi por únicos habitantes de aquella zona.

II.

Volvamos ahora á los republicanos agenos á estos preparativos y á este peligro.

El Directorio aguardaba impaciente la contestacion oficial del gobierno por conducto de Primo de Rivera; habian transcurrido dos dias desde que entregara á la comision negociadora el acta de la reunion habida para resolver el caso, y el resultado no le era conocido, á pesar de las seguridades que el Sr. Zarzoso habia dado de que pronto se le trasmitiria por el debido conducto. No obstante, los gefes de los republicanos no eran hombres que se durmieran en la esperanza y que se dejaran sorprender fácilmente; los Voluntarios habian recibido órdenes precisas, la voz de alerta habíase hecho cundir por las filas, y para el caso de un ataque inesperado y simultáneo se habian dado oportunas instrucciones á los comandantes de barricadas y se habian convenido ciertas señales en los toques de corneta para saber donde acudir en el momento del peligro.

Todo el mundo se habia proveido de municiones, los cañones estaban cargados hasta la boca, y la gente en sus puestos.

Eran las ocho y media de la mañana, y contra la ordinaria costumbre no se habia disparado un solo tiro en las avanzadas; aquel era el recogimiento que precede á las grandes tempestades.

En esta situacion presentóse en la línea divisoria de la calle del Mar un oficial del Estado Mayor del ejército pidiendo parlamento; interrogado, declaró llevar de parte del Capitan general una comunicacion al Directorio que urgía sobremanera entregarle. Un Voluntario se encargó de llevarla á las Escuelas-Pías, mientras el oficial esperaba la respuesta.

Reunidos los gefes de la Milicia abrióse el pliego en medio de un profundo silencio. Era la copia oficial de la resolucion del gobierno que por fin llegaba á sus manos: decia así:

«Capitanía general de Valencia.

A LAS SIETE Y MEDIA.

Al pueblo de Valencia en general, y á los que dirijen la insurreccion en esta capital, les consta, que antes y despues de la lucha he agotado todos los medios de conciliacion que digna y decorosamente puede adoptar una autoridad en las circunstancias que atravesamos. Sin resultado satisfactorio hasta el presente las negociaciones de paz que se han intentado, cúpleme dar á conocer á ustedes el último telégrama que acabo de recibir del Gobierno, que dice así:

«Como última y definitiva resolucion del Gobierno puede V. E. conceder la garantía de la vida á los insurrectos incluso sus gefes, siempre que se entreguen como prisioneros de guerra á la clemencia de S. A. el Regente del Reino.»

Y lo comunico á ustedes intimándoles la rendicion en el término de dos horas que cumplirán á las nueve y media del dia de hoy, y de no hacerlo empezará el ataque y bombardeo Valencia 16 de Octubre de 1869.

A los gefes de la insurreccion de esta capital.»

El efecto que produjo la lectura de este documento en los gefes de la Milicia no puede describirse; la indignacion fué grande.

¡El oficio iba sin firmar! Solo el membrete de la Capitanía general podia acreditar su procedencia. Aquel olvido imperdonable de una Autoridad en los supremos instantes en que iba á decidirse la suerte de una poblacion rica, floreciente y populosa, aquel desprecio de las reglas de la consideracion social y de la decencia, irritaron profundamente los ánimos.

¡Dos horas de término para la rendicion! ¡Dos horas de término para bombardear una ciudad española arrastrada á la lucha por la impremeditada torpeza de sus gobernantes!.... ¡Y era un general tambien español el que tal hacia!.... ¡Y no coloreó sus mejillas el carmin de la vergüenza al hacer pública su bárbara decision!.... No hubiera llegado á tanto un ejército cosaco ante las barricadas de Valencia, porque siempre le hubiera quedado un resto de pudor y dignidad para perecer entero, antes que manchar su uniforme con un bombardeo cobarde, teniendo fuerzas inmensas para lanzarse al ataque franco y decidido, resuelto y leal.

La historia de Valencia nunca podrá borrar de sus anales el negro borron del 16 de Octubre en medio de una revolucion que se habia iniciado al grito de honra, de paz y de ventura.

El tiempo apremiaba; los minutos pasaban veloces. Eran cerca de las nueve y á las nueve y media debia empezar el bombardeo.

En aquella situacion penosísima necesario era tomar una determinacion pronta y resuelta por parte del Directorio. ¿Qué hacer? Hé ahí la cuestion y tambien la duda. ¿Debia contestarse en toda forma á la comunicacion desatenta de la Capitanía? Las circunstancias críticas del momento aconsejaban que sí, puesto que en último caso, el que quedaba siempre en mal lugar era Primo de Rivera.

El Directorio colocábase á grande altura; ante la grandeza de ánimo de los gefes de los Voluntarios desaparecia la pequenez de la Autoridad militar.

En la precision de contestar cumplidamente, determinóse hacerlo, no solo respecto á la forma poco cortés de la comunicacion, sino tambien con referencia á la cuestion de fondo que era la mas importante. Despues de una no muy larga discusion entre los miembros del Directorio, la contestacion quedó concebida en los siguientes términos:

«Habiendo recibido una comunicacion con el membrete «Capitanía general de Valencia» sin firma alguna, que puede calificarse de anónima, en cuyo caso no debia tener contestacion alguna, siendo esta sin embargo esperada por el portador, se manifiesta:

Que no es cierto su contenido en ninguna de sus partes por cuanto quien ha gestionado espontáneamente con el General en obsequio de Valencia, ha sido una comision de la misma presentada á aquella Autoridad sin que lograrse lo que deseaba, á pesar de componerla personas muy caracterizadas y respetables. Ademas los Voluntarios de la libertad no pueden permitir se les califique de insurrectos, por cuanto se hallan con las armas en la mano por haber faltado las Autoridades á la palabra que dieron al Alcalde y Comandantes, cuya falta de cumplimiento ha ocasionado el presente conflicto.

Si el Gobierno tuviese conocimiento de las causas que lo han motivado, tenemos la seguridad que no hubiese aprobado la conducta de las Autoridades, y por lo mismo no se nos trataria como insurrectos, ni mucho menos como prisioneros de guerra. Queda, pues, probado que no es verdad cuanto consta

en el escrito sin firma que motiva esta contestacion, restando añadir que se dió palabra á la comision indicada de que mediaría un aviso para el bombardeo con cuatro horas de anticipacion y hoy solamente se conceden dos.

Los Voluntarios de la libertad, en obsequio á la ciudad y como muestra de justa correspondencia á las simpatías y afecto que todas las clases de la sociedad les han demostrado, depondrán las armas siempre y cuando sin distincion alguna no se les incomode por nadie al volver á sus hogares.

Y por último, si el General se halla hoy dispuesto á atender con justicia á los Voluntarios de la Libertad, debe suspender toda hostilidad y determinacion hasta que la comision que en este momento debe estar con el Gobierno traiga la última resolucion del mismo.

Valencia 16 Octubre 1869.—Sr. Capitan general de este distrito militar.»

Nada mas digno en aquellas circunstancias que este documento inspirado en la hidalguía y en la franqueza.

El Capitan general arroja el guante de su insulto á los Voluntarios, les acosa, les ametralla, y cuando llega la ocasion de tratar directamente con ellos sobre los medios de hacer cesar la lucha, olvida hasta las mas comunes reglas de la consideracion social; y los republicanos, los *demagogos*, la *canalla*, la *turba*, en vez de despreciar, como se merecian aquellos necios alardes de un incapaz militarismo, saben elevarse por encima de todas estas miserias, y elevan hasta él su voz firme y enérgica, pero siempre comedida, diciéndole: «no somos nosotros los que tenemos la culpa de este conflicto, sois vos; y en prueba de que ningun interés tenemos en prolongar estos sucesos sangrientos, estamos dispuestos á abandonar las armas y retirarnos al seno de nuestras familias siempre que se nos conceda la garantía de libertad que tenemos derecho á exigir, como inocentes de ese delitos de insurreccion que falsamente se nos quiere imputar; si en algo teneis la tranquilidad de Valencia, suspended las hostilidades y aplazad el bombardeo, hasta que la comision negociadora y neutral que está al presente en Madrid haya llenado su cometido.» (1)

(1) Cuando los Sres. Pascual y Genís, y Estellés Salinas que eran de esta comision, se estaban avistando con el general Prim, el bombardeo habia ya empezado, segun éste tuvo ocasion de noticiarles.

¿Eran justas esta protesta y esta peticion? Nadie que se precie de imparcial podrá negarlo, y sin embargo, Primo de Rivera lo comprendió de otro modo.

III.

Muchos han pretendido culpar al Directorio republicano porque no anunció previamente la proximidad del bombardeo en la parte de poblacion sujeta á su dominio, pero con solo detenerse en observar la hora perentoria en que tuvo noticia oficial de él, y considerar lo imposible que era ya hacerlo en aquellos instantes, todos estos cargos infundados caen por tierra. A las nueve de la mañana salia de las Escuelas-Pias el portador de la comunicacion al Capitan General, y antes de que hubiera llegado á manos de este ya cruzaban los aires los primeros proyectiles huecos. Así es, que hasta á los mismos *insurrectos* cogió de sorpresa tal acto de barbarie; solo el Directorio era el que habia podido saberlo con una hora de anticipacion, de la que media habia pasado deliberando acerca de lo que debia hacerse en tan apurado trance.

Los primeros estallidos de las bombas produjeron en la ciudad un efecto difícil de describir á grandes rasgos: solo el que haya sido testigo ocular de aquellos horrores, de aquellas lentas horas de martirio en que una poblacion indefensa para tales armas sufria todo el bárbaro rigor de un gobierno torpe y descreído, solo el que haya presenciado aquellas escenas de desolacion y haya sentido ante ellas un volcan de rabia comprimida en el pecho, puede dar alguna cuenta de la angustia y del dolor de aquel inolvidable dia.

A las nueve y media me hallaba yo en las Escuelas-Pias: una necesidad imperiosa y urgente, que no es del caso decir, me habia llamado media hora antes junto á mi amigo C.... miembro de la Junta de armamento y defensa. En los claustros del convento reinaba la agitacion natural de aquellos dias, pero nada aparecia en los semblantes que hiciera sospechar algo mas grave. Solo se sabia que el Directorio acababa de mandar un oficio al Capitan general, pero se ignoraba por completo su contenido.

Los ayudantes de los gefes de la Milicia y algunos oficiales discurrían por los corredores; el suelo se hallaba sembrado de papeles ennegrecidos y restos de cartuchos. A la entrada

del primer piso y al lado de un balcon que dá al patio habíase colocado una mesilla de pino con recado de escribir para despachar las consultas de los gefes de barricada y de partida, y estender los recibos y órdenes urgentes. El cuarto inmediato era el destinado para la Junta de armamento: allí estaba mi amigo C.... y el intrépido comandante Cl.... á quien estreché la mano con verdadera efusion.

El cuarto estaba lleno de Voluntarios; todo eran reclamaciones y partes; uno de ellos pedia postas para su trabuco que decia haber disparado mas de cien veces; otro rogaba que le proporcionaran un fusil ó carabina con que reemplazar su inútil escopeta; quién entraba en busca de proclamas; quién llegaba con comunicaciones y avisos de los puestos avanzados, pero todos hablando, produciendo todos una confusion agradable á la que las circunstancias prestaban un tinte especial de originalidad y de rudeza.

Al fin, y despues de haberse despejado un tanto el aposento, pude sentarme junto á una mesa, sobre la que se hallaban esparcidos infinidad de papeles.

—¿Qué hay de nuevo? pregunté.

—Lo de todos los dias, respondió C....: se espera hoy el ataque, pero la gente está sobre aviso.

—¿Y el bombardeo?

Un movimiento significativo de hombros fué la única respuesta. Cogí una pluma y me puse á escribir lo que empezó á dictarme C....

Los Voluntarios habian ido poco á poco abandonando el cuarto; Cl.... estaba sentado en una silla al otro lado de la mesa; un grande sombrero de paja cubria su cabeza dejando en la sombra su rostro que parecia preocupado; tenia la mirada dirigida al suelo siguiendo con ella, ensimismado, las caprichosas líneas que trazaba en los ladrillos con la contera de un sable de caballería que llevaba ceñido á la cintura.

C.... se hallaba recostado en el marco de una ventana abierta, por la que se podia contemplar el cielo azul, diáfano y esplendoroso.

Fuera, en la ciudad, no se oia un solo tiro, ni siquiera un toque de corneta. Dentro, en el cuarto, reinaba el silencio interrumpido por el rasgueo de mi pluma sobre el papel. En los claustros del convento percibíanse las voces de los Voluntarios y de algunos oficiales.

Pasaron algunos minutos; el reloj de las Escuelas-Pias dió las nueve y media; de pronto y entre los lejanos ecos del campo

oyóse un estampido sordo y confuso; á aquel estampido siguió un silbido terrible y potente que hizo vibrar el aire á nuestro alrededor, y que me obligó á levantar vivamente la cabeza: un grueso proyectil acababa de pasar indudablemente por encima del edificio.

Cl..... saltó del asiento y cambió una mirada de inteligencia con C..... En aquella mirada adiviné algo misterioso, algo grave. La sospecha del bombardeo cruzó súbitamente por mi cerebro, pero no quise dar á entender nada y seguí escribiendo.

A los pocos segundos dejóse oír ya mas cerca un fuerte y continuado cañoneo y varias descargas de fusilería. En los claustros sonaron carreras precipitadas y voces confusas.

—¡El ataque! ¡El bombardeo! gritaban por fuera.

Abrióse la puerta del cuarto y apareció empolvado, jadeante y sudoroso un Voluntario.

El ejército habia comenzado el ataque por la calle de San Vicente, y el puesto avanzado del convento de San Gregorio le enviaba para pedir refuerzos, sin cuya ayuda se verian obligados á abandonarlo los pocos Voluntarios que lo guardaban, pues las granadas disparadas desde la calle de la Sangre llovian sobre el edificio amenazando reducirle á escombros.

Cl..... mandó cien hombres del *Enguerino* en su auxilio.

Nos asomamos á los claustros.

La agitacion y el tumulto crecian; los ayudantes del Directorio salian precipitadamente á transmitir órdenes; los Voluntarios corrian por la calle en direccion á los puntos atacados por el enemigo.

Los cañonazos seguian roncós y precipitados; el fuego aumentaba. En aquellos instantes llegó corriendo un bravo muchacho de quince años que servia de ayudante á C.....; venia con la respiracion anhelosa y traia en la mano un grueso casco de bomba que nos enseñó sonriendo.

—Vengo del cuartel del Pilar, nos dijo; las bombas y las granadas lo están destrozando todo; este pedazo lo he recogido como muestra despues de haber dado contra la pared y caido á mis pies.

Por lo visto el ejército daba un ataque simultáneo; habia llegado ya la hora decisiva. El bárbaro bombardeo se efectuaba á pesar de todo.

Un grupo de Voluntarios armados nos rodeaba en silencio.

—¡A las barricadas! gritóles C..... precipitándose por la escalera seguido de todos.

Tras de aquellos valientes y como arrastrado por una fuerza desconocida, bajé yo lentamente la escalera. En aquel instante, no hubiera sabido dar cuenta de lo que pasaba en mi interior: mi sangre hervía al calor de la indignacion.

En el piso bajo me detuve; un pobre Voluntario, un anciano por mas señas, arrojando al suelo su fusil y su canana, pateaba con rabia su kepis, y se mesaba sus encanecidos cabellos, poseido de un concentrado furor, y gritando con voz ronca:

—¡Infames, cobardes! ¿por qué no os batís con iguales armas? ¿Por qué no os poneis al alcance de nuestros fusiles?... ¿Y sois españoles?... ¡Cobardes!

Los soldados prisioneros que paseaban por el claustro se habían detenido y le rodeaban, mirándole en doloroso silencio.

No pude resistir mas la vista de aquella escena; la ira me ahogaba, mis sienas ardian; necesitaba respirar aire libre que calmara mi angustia, y salí á la calle, sin rumbo, sin direccion fija.

El cañoneo habia aumentado prodigiosamente; por el Sur, por el Norte, en todo el circuito ocupado por el ejército oíase un fuego continuo y prolongado. Las bombas cruzaban con la rapidez del rayo el espacio, acompañadas de un silbido especial, estridente, agudo, que hacia retemblar los edificios. Las tejas volaban por el aire á impulsos violentos; caian á la calle con estrépito los escombros, tablones y cristales, y en el interior de las casas derrumbábanse en confusion las paredes entre gritos y gemidos de las familias.

Las calles estaban desiertas; los pasos resonaban en el pavimento como sobre la bóveda de una tumba, y el sol lleno, brillante, derramaba sus rayos de fuego sobre estas escenas de desolacion y de muerte. Los Voluntarios guardaban serenos sus puestos, paseándose arma al brazo y silenciosos á lo largo de las barricadas.

De cuando en cuando, en medio del estallido de las bombas y del confuso rumor de tanta destruccion, elevábase un grito mágico, sublime, que enardecia los corazones y que hacia estremecer el pecho: allá, del fondo de un callejon ignorado, de junto á un monton de adoquines brotaba una voz, un *viva la república federal* y este grito era llevado en alas del viento por los ámbitos de la ciudad y repetido por mil y mil bocas con ardoroso entusiasmo.

Aquella voz, aquel viva, este entusiasmo, eran la protesta enérgica, valiente, que en la hora suprema del dolor elevaba

la justicia, herida en lo mas íntimo de su esencia por la bárbara ley del capricho, de la arbitrariedad y del sable.

IV.

El Directorio se habia vuelto á reunir en sesion, esperando la respuesta del Capitan general.

El bombardeo seguia con la misma intensidad y fuerza, pero el movimiento de avance del ejército no se habia iniciado: los destrozos ya causados en la ciudad eran incalculables.

Los gefes de los Voluntarios estrañábanse de la terquedad y la dureza de Primo de Rivera que ni siquiera habia procurado cumplir lo que entre él y la comision habia quedado acordado. (1)

A las once menos cuarto recibióse por fin un nuevo oficio del general, concebido en los siguientes términos:

«La precipitacion consiguiente en estos momentos habrá podido causar que no haya firmado la comunicacion que he dirigido á los gefes de los rebeldes para que en el término de dos horas se rindan á discrecion, asegurando la vida de todos segun el telégrama del Gobierno que en la misma se traslada. El oficio lleva el membrete de la Capitanía general, ha sido entregado en la línea enemiga por un capitan de E. M. y en las esquinas de la línea militar de mis tropas rayante con esa están consignadas hasta las mismas palabras escritas en el oficio á que me refiero.

En su consecuencia han debido ustedes darle por válido, y nada tengo que añadir ni quitar á él, y á lo que ofrezco en este, de respetar las vidas en nombre de S. A. el Regente del Reino, siempre que se entregasen con armas á discrecion, acogién-dose á la benevolencia de S. A.

Valencia 16 Octubre 1869, á las nueve y 35 minutos de la mañana.—El Capitan general, Rafael Primo de Rivera.

Esto era lo que por única explicacion de su descortesía daba la Autoridad militar á los *insurrectos* federales.

La respuesta era terminante; no admitia réplica ni duda alguna. El Directorio encontrábase en una situacion bien triste por cierto. De una parte la honra de la Milicia popular le gritaba reparacion á la sangrienta ofensa recibida; de otra la ciu-

(1) Esto es: que precediera al bombardeo un plazo de cuatro horas.

dad entera, sucumbiendo al peso de la destruccion, pedia á voz en grito el término á tanto dolor. Lucha terrible de afectos encontrados que colocaban á los Voluntarios en indecision torturadora.

Abrióse discusion acalorada, imponente; los ánimos inclináronse, como desde el principio, á una transaccion honrosa siempre que se garantizara á todos su libertad completa; pero como quiera que la resolucíon del Capitan general podia considerarse como definitiva y última, determinóse pedirle un armisticio ó tregua de dos horas para consultar á los individuos de la Milicia en general acerca de la rendicion.

Mandóse, pues, la siguiente comunicacion á Primo de Rivera:

«En bien de la poblacion suplicamos á V. E. se sirva suspender el bombardeo tan solo por dos horas, para tener tiempo de conferenciar con todos los Voluntarios la parte que hace referencia á «como prisioneros de guerra.»

Esta comunicacion se acaba de recibir siendo los tres cuartos para las once.—Dios guarde á V. E..... etc. »

¿Era atendible esta peticíon? Todo otro hombre que no hubiera sido Primo de Rivera hubiera cedido ante ella, porque era caso de justicia y de humanidad, ahorrándose por su complacencia algunas horas mas de destruccion y sufrimiento; pero el soberbio Capitan General de Valencia creia tratar sin duda con enemigos de la libertad y de la patria, cuando con tan injustificada saña descargaba los furores de su venganza sobre un pueblo modelo de sensatez, de patriotismo y de cordura, que solo habia apelado á las armas como único medio de demostrar la pureza de su honra.

V.

El fuego de cañon terrible y mortífero arreció aun mas; el bombardeo continuó con furia. Eran las doce.

Un movimiento extraño empezó á iniciarse entre los Voluntarios del *Enquerino*, del Grao y de otros pueblos: visto el giro que tomaban las circunstancias por la intransigencia del Capitan general, y reflexionando muy prudentemente que en último resultado ellos serian los mas comprometidos si continuaba la lucha y el ejército se apoderaba de la poblacion, por carecer en ella de hogar y de familia en su mayor parte, determinaron salir del casco de la ciudad y lanzarse al campo aunque tuvie-

ran, para conseguirlo, que esponerse á mil peligros y contrariedades.

Señalada de antemano la puerta de Cuarte como punto de salida, formóse una division de la partida del *Enguerino*, de algunos otros restos de diferentes pueblos, de la gente del Grao y Cabañal, y de unos pocos Voluntarios de Valencia que juzgaban conveniente abandonar la poblacion por evitarse el disgusto de ver á la tropa enseñorearse de ella, y á las doce y media, atravesando la calle de Cuarte estramuros, salieron todos á la Pechina, junto al rio, formando un total de 1,400 ó 1,500 hombres dispuestos á arrostrarlo todo con tal de conseguir su intento.

Sin embargo, no habian contado con la fuerte línea de bloqueo establecida de intento por el ejército. Una granizada de balas disparada desde la orilla izquierda del rio, junto á Campanar, les hizo comprender algo tarde que iban á verse obligados á sostener una reñida lucha si persistian en su empresa; al mismo tiempo, una nube de polvo en el camino de Mislata les dió á entender que la caballería pensaba tomar tambien parte en la refriega y que era preciso adoptar una resolucion pronta para salir de una vez de aquel atolladero.

Esta indecision duró un solo momento; los hombres del *Enguerino* bajaron decididos al cauce del rio á pesar del vivo fuego que las fuerzas del ejército sostenian desde el camino de Burjasot y Campanar, y cuando los restantes Voluntarios preparábanse á seguirles, viéronse atacados de improviso por la caballería, que sin embargo retrocedió ante la resistencia que le presentaron.

El tiroteo de la tropa recrudeció: el *Enguerino* con los suyos siguió remontando el curso del rio sin detenerse un solo instante, y sin hacer caso de la lluvia de balas que caia sobre ellos, consiguió romper la línea de bloqueo con impertubable serenidad y abrirse paso á través de mil peligros. (1)

Los Voluntarios del Grao y otros, en la imposibilidad material de imitar á los del *Enguerino*, se replegaron hácia la calle de Cuarte, y por medio de una hábil contramarcha que les hace mucho honor, intentaron salir fuera de la línea del ejército por el camino viejo de Mislata, pero se vieron obligados á retroceder acosados por un escuadon de cazadores de caballería apostado para impedirles el paso. Así es que, despues de

(1) En esta admirable retirada solo tuvo seis bajas.

varias tentativas inútiles y viendo que la division de Alaminos por una parte y la brigada de Palacios por otra, cerraban completamente la salida, resolvieron desistir, y á la una y media se retiraron á la ciudad, fatigado el cuerpo y entristecida el alma.

Hacia cuatro horas que duraba el terrible bombardeo: los cañonazos seguian mas lentos y pausados que al principio, pero no eran por eso menos desastrosos sus efectos. El barrio populoso comprendido entre las Escuelas-Pias, el Mercado y Hospital era el mas castigado por los proyectiles; la torpeza de los artilleros ó la dificultad de dirigir bien el fuego de elevacion por la naturaleza nada accidentada del terreno, hacian que todo el resultado de los disparos se hiciera sentir en esta parte de la poblacion por ser la mas cercana á las baterías principales.

Desde el campo, y segun testigos oculares, el aspecto que ofrecia Valencia era doloroso y triste. Un lúgubre silencio reinaba en todo el llano; el sol dejaba caer lánguidamente sus rayos sobre el pálido y sombrío contorno de la ciudad, sobre los campos de su alrededor esmaltados de verdura, y allá á lo lejos, sobre la brillante sábana del mar que se perdía en la inmensidad del horizonte. Con algunos segundos de intervalo dejábase oír un cañonazo ronco y vibrante; un globo de fuego cruzaba con rapidez la atmósfera, y al caer..... al caer sobre un edificio, brotaba una columna de humo espeso y negro, un torbellino de polvo y de llamas;.... y pasaban pocos segundos, y retumbaba en el aire un nuevo cañonazo, y aparecia otro globo, y volvía á abrirse otro cráter de destruccion, y el viento recogia en sus alas los gemidos misteriosos de víctimas ignoradas, que dormian bajo un monton de escombros el sueño de la muerte, sacrificadas al orgullo, á la insensatez y á la bárbara ambicion.

CAPITULO XIX.

I.

Faltaba muy poco para las dos, cuando en las Escuelas-Pias se recibió la última comunicacion de Primo de Rivera contestando á la peticion de los Voluntarios para que se les conce-

diera dos horas de plazo con el objeto de ponerse todos de acuerdo acerca de lo que convenia hacer.

Decia así:

«En el momento que se presenten las personas que componen el Directorio suspenderé las hostilidades, y acordaré con ellos la manera de hacer la entrega de las armas y personas, puesto que la oferta que se me hace está concebida en términos tan vagos que es inadmisibile por razones que no son para esplicarlas por escrito. Espero obrarán en todo con la mayor lealtad, pues de no ser así sufrirán las consecuencias consiguientes. Valencia 16 de Octubre de 1869.—Primo de Rivera.»

Cuando llegó este oficio no se hallaban todos los miembros del Directorio reunidos; llamados los gefes de los Voluntarios á las Escuelas-Pías procedióse á su lectura en medio de la general ansiedad.

Primo de Rivera no concedia el plazo ni manifestaba esplicita y rotunda su negativa, y como si acaso los *insurrectos* le hubieran propuesto su entrega, se limitaba tan solo á espresar el medio de hacerla, y á *recomendar en todo la lealtad*; ¡él que no la habia tenido presente cuando debiera!

Ningun recurso quedaba ya á los apurados Voluntarios; ningun resorte que tocar, ninguna negociacion que hacer para terminar decorosa y dignamente un sangriento conflicto, que ellos menos que nadie tenian deseos de prolongar.

El bombardeo seguia causando incalculables pérdidas; los intereses de su ciudad querida pudieron en los bravos republicanos mucho mas que el sentimiento de su honra maltratada.

La conducta que convenia seguir era clara y terminante.

Valencia estaba muy por encima de toda obstinacion. Hubo que ceder, pero se cedió, no á la fuerza, no á las bombas, sino á las lágrimas y á los lamentos.

Dióse orden de retirada y dispersion, y encargóse que las armas se depositaran en ciertos sitios señalados; la despedida de los miembros del Directorio fué dolorosa. Un apretón de manos constituyó el adios de una alianza sellada con sangre y velada por recuerdos de gloria.

Los gefes volvieron á sus respectivos puestos; habia llegado la hora de la suprema crisis.

El estallido de las bombas enardecia la voz del corazon.

¡Momentos solemnes de angustia y sufrimiento, en los que el heroismo era mas grande que ante el triunfo!

¡Cuán profundamente conservaremos su memoria grabada en nuestro pecho!

II.

El ejército inició por fin su movimiento de ataque; después de haber jugado suficientemente las baterías de bombardeo, las tropas escalonadas en las posiciones en que las hemos visto la víspera, avanzaron hacia la zona *insurrecta*. Primo de Rivera montó á caballo á la puerta de su palacio en la plaza de Tetuan, que se hallaba cuajada de batallones, y dirigiéndoles breves frases que acabaron por un ¡viva el regente! dió la orden de marcha.

Formáronse varias columnas que cayeran sobre diversos puntos á la vez, y combináronse las operaciones de modo que solo salieran de su línea los cuerpos que ocupaban parte de la ciudad, y de ninguna manera los que guardaban las afueras y los pueblos inmediatos, cuyo papel se reducía á cerrar la retirada á los Voluntarios, dado caso de que estos intentaran emprenderla. (1)

El fuego de los morteros y obuses no por eso cesó; el bombardeo continuó con la misma intensidad.

Algunos Voluntarios empezaban á abandonar las armas y á ocultarse; Valencia presentaba un aspecto desconsolador; en los barrios de Cuarte y del Hospital no había calle que no estuviera sembrada de maderos y de escombros; los proyectiles silbaban en todas direcciones, destrozando tejados, derribando paredes, haciendo saltar adoquines, puertas, ventanas, estallando por todas partes con furia y con estrépito, y envolviendo su destrucción en una nube de polvo, de humo y de llamas.

Nadie que no las haya presenciado puede dar exacta cuenta de aquellas escenas; los habitantes pacíficos no sabían dónde acogerse, porque ni aun en los mismos pisos bajos hallábanse seguros. Las poderosas bombas de doce pulgadas no respetaban nada; del mismo modo destrozaban una pared, que hundían bajo su peso un edificio. Las familias corrían desalentadas por las calles. De no sé dónde partió la voz de que en el Hospital no caían balas, y en breve el Hospital vió invadidos sus espaciosos salones, sus patios, todos sus departamentos, por una muchedumbre frenética, delirante, que buscaba allí asilo de salvación: asilo que no encontró, porque la torpeza de la artillería hizo

(1) Así sucedió con los del *Enguerino* y la gente del Grao.

caer sobre el benéfico establecimiento QUINCE PROYECTILES que causaron una víctima y que introdujeron el mas espantoso pánico en aquel inmenso gentío que se estremecía en violentas sacudidas á cada detonacion y á cada estridente silbido. (1)

A la iglesia de las Escuelas-Pias tambien se acogieron muchas familias de los alrededores.

Y el bombardeo seguia, y la destruccion no cesaba, y el gé-
nio de la amargura derramaba su copa de hiel sobre la ciudad
destrozada, humeante, moribunda.

III.

Disuelto el Directorio, los gefes de la Milicia comunicaron á sus respectivos batallones la decision tomada de abandonar las posiciones tan bravamente defendidas por espacio de nueve dias sangrientos.

No hay pluma que se atreva á trasmitir al papel la descripcion de aquellos supremos instantes.

Recuerdo haber leído en mis estudios históricos la triste despedida de Napoleon I y su Guardia; pero en medio de todo, estoy seguro que el abrazo á Petit y el beso al águila de su bandera, jamás igualarán en medio de su grandeza, á la sublimidad y al sentimiento de aquella escena, de aquel adios, que antes de partir á llorar su despecho en apartados lugares, se daban aquellos hijos del pueblo entre los furores de una lluvia ardiente de hierro y de plomo que abrasaba su ciudad querida.

Dada la voz de dispersion, los Voluntarios abandonaron sus puestos; entonces vióse hasta dónde llegaba su entusiasmo. La mayor parte, ébrios de furor y de concentrada ira, preferian destrozar contra las piedras sus fusiles á dejarlos intactos y útiles en poder de la tropa; cananas, cartucheras, pistolas, escopetas, todo era arrojado al suelo y pisoteado con furia

(1) Cerca de 8,000 personas se refugiaron aquella tarde en el Hospital; el des-
orden que reinaba en su interior no se presta á descripcion alguna. Todas aquellas
vivas emociones debian por consecuencia influir en los enfermos y en los heri-
dos. Muchos de estos últimos que se hallaban en ese estado comatoso y letárgico
que acompaña á las grandes pérdidas de sangre, murieron al dia siguiente á conse-
cuencia de esta reaccion.

(1) las barricadas del interior quedaron completamente desiertas.

La mayor parte de los Voluntarios desapareció como por encanto.

IV.

En tanto las tropas iban avanzando divididas en diferentes columnas, mientras las baterías seguían tronando con igual fuerza. El general Alaminos con las tropas de su mando había apoderado de la acera derecha de la calle de San Vicente y de toda la bajada de San Francisco, derribando los tabiques de las casas y saltando tejados; por la parte del Almodin y calle de San Salvador adelantaba el regimiento de Galicia y la Guardia civil, y por el centro de la población en la calle del Mar atacaba el grueso del ejército á las órdenes del general Rosales. Las brigadas de Merelo, Palacios y Velarde que ocupaban las afueras no se movieron para nada y solo contribuyeron al éxito de las operaciones haciendo difícil, sino imposible, la salida de la ciudad.

Los *insurrectos* oponían ya débil resistencia después de la determinación del Directorio; el tiroteo era escaso, y solo algunos Voluntarios ciegos de entusiasmo y de fiereza permanecían aun tras de las barricadas avanzadas respondiendo al fuego de la tropa y retardando su marcha.

Entre estos notábanse por su bravura los que guardaban la entrada de la plaza de Santa Catarina, mandados por el esforzado capitán Juan Salinero, republicano decidido y consecuente, que prestó en aquellos días señalados servicios á la causa de la justicia. Decididos á sostener su puesto hasta derramar su última gota de sangre, continuaban descargando una lluvia de balas sobre la vanguardia de la columna que avanzaba por la calle del Mar, cuando un incidente patético vino á hacerles desistir de su temerario intento.

A la cabeza de unos cuantos soldados se arroja un capitán, espada en mano, sobre la barricada. Juan Salinero, al verle, lanza un grito salido del fondo de su corazón, y diciendo á los suyos:—«No tirar, ¡es mi hermano!» salta por encima del

(1) El número de armas que pudo recoger después el ejército fué muy reducido, pues solo llegó á 1,000 ó 1,500. Pudieron esconderse muchas, y aun hubo Voluntario que arrojó las suyas al valladar antes de ocultarse.

monton de piedras y cae en los brazos del oficial del ejército que lo estrecha enternecido contra su seno.

Aquel inesperado encuentro decidió el resultado de la lucha; junto con su hermano, Juan Salinero marchó á la Capitanía general á hacer saber á Primo de Rivera, (porque así le constaba), que la resistencia habia terminado por completo, y que los *insurrectos* se habian retirado abandonando las armas y las barricadas.

Mientras esto sucedia en la plaza de Santa Catarina, el resto de la ciudad seguia sufriendo los efectos de los últimos proyectiles. Eran ya las cuatro y media; la tarde acababa y el sol marchaba á su ocaso semivelado por una neblina de humo y de polvo; por las calles no habia rastro de ser viviente; los cañonazos tronaban lentos, pausados, y las bombas caian sobre edificios destrozados y sobre escombros caldeados por la devastacion. (1)

Valencia ya no era Valencia; era una ciudad que el ángel de la muerte habia cubierto con sus negras alas.

V.

Avistado Primo de Rivera con Salinero y con otro intrépido y joven Voluntario llamado Virginio Cabalote, y enterado del estado de la zona *insurrecta*, mandó cesar el fuego de las baterías por medio de tres cohetes disparados desde la torre de Santo Domingo, y dió las órdenes oportunas para que el ejército ocupara cuanto antes la poblacion.

Las columnas penetraron entonces en la zona republicana que presentaba un aspecto triste y desconsolador; las numerosas barricadas (2) que cerraban el camino y que los soldados se habian acostumbrado á mirar con temeroso respeto estaban

(1) Durante las siete terribles horas que duró el bombardeo cayeron sobre la parte de la poblacion ocupada por los republicanos: 140 bombas de doce pulgadas, 150 granadas esféricas de siete: 700 granadas de cañon rayado, 540 del sistema *Krupp* y gran número de balas de los cañones de montaña que tambien tomaron parte en el fuego. Total cerca de 1,500 proyectiles huecos. Por si los *insurrectos* no se rendian aun, habíanse provisto las baterías de cohetes incendiarios y camisas embreadas para completar la destruccion de una de las mas ricas ciudades de España.

(2) Ascendia su número á muy cerca de 600.

abandonadas; trozos de fusiles, carabinas, cartucheras y kepis veíanse esparcidos por el suelo en confuso desorden; los escombros, tablones y restos de puertas obstruían el paso; todo eran ruinas, tristeza, amargura. Gran parte de edificios amenazaban desplomarse al menor soplo; las calles se hallaban sembradas de cristales rotos y de piedras mezcladas con cascos de bombas y montones de inmundicias: la ciudad entera conservaba impreso en su recinto el sello de una maldición terrible.

La tropa avanzaba con temor: los soldados iban con el fusil amartillado; tras de cualquiera esquina, tras de la mas débil barricada parecían ver asomar un Voluntario, y la menor sombra en la soledad de las calles era para ellos motivo de sospecha y de cuidado. (1)

Bien pronto la noticia de la terminación de la lucha corrió como una chispa eléctrica por el vecindario; las personas pacíficas salieron á la calle para cerciorarse de su certeza. El ejército invadió la población y ocupó los principales edificios que pocas horas antes guardaban los Voluntarios; la plaza del Mercado, la de Santa Catarina y los alrededores estaban cuajados de tropa, y á lo largo de la ancha y estensa calle de San Vicente hasta mas allá del límite del campo, solo se veían hormiguesar soldados y mas soldados, bayonetas, morriones y mochilas, y lo que antes era soledad, entonces fué bullicio, algazara, confusión extraña de voces y uniformes, sobre la que resaltaban el batir de los tambores y las marchas guerreras de las bandas militares.

Procedióse á destruir barricadas y defensas, colocáronse centinelas en las calles principales, empezáronse á hacer registros y visitas domiciliarias, y entretanto la noche llegó con sus tinieblas á conceder reposo necesario á tanto dolor, á sufrimiento tanto.

.

 ¡Triste epílogo de nueve días de lucha y de grandeza!

(1) Para que se pueda tener una idea aproximada de la elevación de sentimientos del pueblo de Valencia me bastará hacer constar el siguiente rasgo. Pocos minutos después de estallar la última bomba, cuando apenas se sabía el fin de la lucha, un soldado joven, que sin duda debía ser valenciano y tener la familia en la parte de la ciudad ocupada por los republicanos, atravesó toda esta zona hasta llegar á una calle del barrio del Hospital, sin ser molestado en lo mas mínimo y sin que ni un solo insulto recibiera en su camino, á pesar de la exacerbación de los ánimos y de la justa indignación que causaba en todos la vista de un uniforme.

APÉNDICE.

**Relacion aproximada de las bajas sufridas por el
ejército en los nueve dias de lucha.**

Arma.	Cuerpos.	Gefes.	Oficiales.	Tropa.	TOTAL.
Infantería.	Reg. Toledo.	3	18	130	151
	» Zamora.	2	8	33	43
	» Granada.	»	1	3	4
	» Príncipe.	»	»	»	»
	» Princesa.	»	2	10	12
	» Infante.	»	»	»	»
	» Estremadura.	»	»	»	»
	» Galicia.	»	1	5	6
	» Aragon.	»	2	6	8
	» Bailén.	»	»	»	»
	» Navarra.	»	»	»	»
	» Constitucion.	»	»	»	»
	» Sevilla.	»	3	9	12
	» Búrgos.	»	»	»	»
	Bat. Cazadores de Madrid (1).	»	»	»	»
Artillería.	» de Alcántara.	»	3	17	20
	» de Reus.	»	1	5	6
	» de Arapiles.	1	2	8	11
	Montada.	»	3	48	51
	de montaña.	»	»	4	4
Caballería.	Reg. Calatrava.	»	»	»	»
	» Bailén.	»	»	»	»
	» Sagunto.	»	2	3	5
	» Castillejos.	»	»	»	»
	Guardia civil.	»	3	20	23
	Carabineros.	»	1	1	2
	Reg. Ingenieros.	»	»	»	»
	Bat. Voluntarios de Prim.	»	2	15	17
	» Idem de Torrente.	»	»	2	2
	Administracion militar.	»	»	3	3
	Estado mayor.	2	»	»	2
Suma general.		8	52	322	382

(1) Este batallon tuvo las pérdidas en Aleira.

Los datos del cuadro anterior, sacados á costa de dificultades y de inmenso trabajo, de los hospitales y de las oficinas militares, no llegan á espresar todas las pérdidas de la tropa, pues en ellos faltan muchos de los muertos enterrados por los republicanos y algunos soldados extraviados, cuyo número es casi imposible saber.

Podemos, pues, hacer llegar el total de bajas en el ejército á mas de 400 sin temor alguno de equivocarnos.

En cuanto á las de los Voluntarios hay menos seguridad aun de fijarlas con certeza: sin embargo, contando los 150 entrados en el Hospital civil y añadiendo 20 ó 30 por los que pudieron morir ó recogerse en sitios particulares, tenemos aproximadamente un total de 170 ó 180, constituyendo una tercera parte de las de la tropa.

Destrozos causados por el bombardeo.

Para que los lectores puedan formarse un concepto aproximado de los estragos debidos al bombardeo del 16, me ha parecido conveniente copiar al final de la obra, tomados de la prensa periódica de la ciudad, algunos pormenores circunstanciados que podrán servir de luz en el asunto y que demuestran que no pecaba de exagerada la valuacion en algunos millones de reales que de estos desperfectos se hizo posteriormente.

Como se comprende, esta corta ennumeracion no abraza por completo todo el inmenso número de destrozos de aquel inolvidable dia, pero es suficiente para hacerse completo cargo del efecto de siete horas mortales de muerte y destruccion.

A continuacion vienen algunos trozos entresacados de los periódicos del mes de Octubre, y que van entre comillas para denotar su procedencia agena.

«De las tres clases de proyectiles que cayeron el dia 16 sobre nuestra poblacion, los que mas destrozos han causado en los edificios han sido las bombas y las granadas de ocho pulgadas. Muchos de los proyectiles huecos de los cañones rayados de acero se han podido recoger sin estallar y conservarlos como recuerdo de aquel infausto dia. Esto es debido á que esta clase de granadas sistema Crupp no llevan como las antiguas espoleta encendida, sino una cápsula con fulminante que solo al chocar produce su efecto.»

«Son grandes los estragos de que se va adquiriendo noticia, ocasionados por las bombas y granadas. Uno de estos proyectiles ha derribado parte de la torre de la iglesia del Cármén, cuyos sillares atravesaron el techo de la parte del edificio donde existe el museo provincial, destruyendo, entre otros objetos, un cuadro que el restaurador Sr. Martínez había recibido de Castellon.»

«En las Escuelas-Pías cayeron dos bombas y nueve granadas. Una de estas penetró por una ventana inmediata á la calle de la Figuera, destruyó cuatro gruesos tabiques que formaban el cuarto del señor rector, y que le separaban de otro cuarto ó alcoba y del oratorio de los niños, y destrozó cuantos muebles y demás objetos se hallaban en el referido cuarto del rector, escepto un pequeño crucifijo que estaba sobre una mesa, situada á poco mas de un metro de distancia de la ventana por donde entró el proyectil. Otra granada entre el gabinete de historia natural y el tejado de la biblioteca, muy cerca tambien del gabinete de física; pero afortunadamente no llegó á sufrir la esplosion, que tantos perjuicios hubiese causado en las máquinas y demás objetos destinados al estudio de aquellas ciencias. Las dos bombas cayeron sobre la media naranja de la iglesia, que por su construccion especial las desvió.»

«En la iglesia y taller de los maestros carpinteros, situada en la calle Larga del Engonari, cayeron tres granadas. La una esférica, de unas cuatro ó cinco pulgadas de diámetro, despues de atravesar el tejado, cayó sobre el techo de dicha iglesia, y sin embargo de que lo conmovió y destrozó parte de él, no lo atravesó; quedó sobre dicho techo, que es un artesonado de madera y no llegó á reventar. Las otras dos cayeron en la parte del edificio que ocupan los tejedores de seda, destruyendo muchos telares y causando muchos perjuicios en las máquinas y edificio. En la iglesia se habian refugiado algunas familias que afortunadamente salieron ilesas, aunque despues de haber sufrido el susto y angustia consiguientes al estruendo que produjeron los referidos proyectiles. En dicho edificio habia establecido un hospital de sangre.»

«En una casa que tiene vista á la ronda entre las puertas de Serranos y la Triadad, se salvaron milagrosamente diez y ocho individuos que se hallaban reunidos en ella. La dueña de la casa acababa de tomar en brazos á una criatura que dormia

en una cuna detras de una puerta , por donde penetró á los pocos momentos una granada. El proyectil destrozó la cuna , verificando la esplosion en un cuarto contiguo á la cocina , donde se hallaban reunidos con la familia muchos vecinos. La granada destrozó puertas y paredes, y no causó mas que una leve contusion á una jóven ocasionada por el desprendimiento de un ladrillo.»

«En la calle de la Sorolla cayó una bomba en la casa número 13, donde vivia un matrimonio con cinco hijos de infantil edad. Despues de haber atravesado el tejado y pisos tercero y segundo, estalló en el primero, hiriendo uno de sus fragmentos á la pobre mujer que hacia pocos momentos habia dado á luz un niño, causándole la pérdida de un ojo. Inmediatamente fué trasladada al Hospital con su pequeña prole, donde recibió las aguas bautismales el recien nacido y la oportuna curacion la desgraciada madre.»

«En una de las casas de los llamados callizos de San Antonio cayó una bomba con tan desgraciada suerte de sus habitantes, que al estallar destrozó al gefe de la familia José Peris, tejedor de seda, que quedó cadáver en el acto, dejando en la horfandad y dolor á su muger y sus hijos.»

«En la calle de Perseguers penetró otro proyectil, horadando el techo de una casa baja que posee D. Vicente Piñó, estallando en el interior del edificio. Muebles, ropa y cuanto dentro habia, fué destrozado y sepultado bajo las ruinas de la techumbre. Las puertas de la calle saltaron á trozos y la escalera que conducia á la única habitacion alta del edificio, desapareció por completo. Por fortuna la familia que habitaba en dicha casa, acababa de pasarse á la vecina, no teniendo que lamentar por tanto ninguna desgracia personal.»

«Otro de los edificios que han sufrido mucho por efecto del bombardeo del sábado último es uno de la calle de la Beata, donde cayeron dos bombas que lo destruyeron por completo, hiriendo á una mujer que se salvó casi milagrosamente de la muerte, así como los niños y un vecino que se encontraban reunidos en la primera habitacion.»

«El estrago producido por una bomba en una casa de la calle del Pilar, es inconcebible á no verlo. Uno de los lienzos de una

de las paredes fronterizas ha quedado desnivelado de un modo tal, que el techo no se ha hundido, gracias al apoyo que presta un arco de una de las puertas del tercer balcon. El interior del tercer piso ha quedado convertido en una sola habitacion, desapareciendo todas las paredes divisorias, que se convirtieron en ruinas á impulso de los cascós, y gracias á ser de reciente construccion dicha casa, se debe el que no viniera á tierra toda ella. Tampoco tenemos noticia de que acaeciera ninguna desgracia personal.»

«Hemos dicho que uno de los edificios que mas han sufrido por el terrible bombardeo del día 16 es la casa del digno y querido marqués de Cáceres. Hé aquí algunos detalles de los destrozos causados por las tres bombas y cuatro granadas que cayeron sobre ella.

Las primeras penetraron, una por el terrado de la media naranja que hay al final del patio de entrada y que cubre la escalera, horadándole en su cúpula y cayendo en medio de la entrada del edificio. En su esplosion hizo trizas algunas puertas, rompió todos los cristales de las ventanas del entresuelo y abrió de par en par todas las habitaciones, doblando cerrojos, cerraduras y cuantos obstáculos encontró al paso. Uno de los cascós se dirigió al techo del piso primero, horadándole y estropeando en union de las ruinas que produjo varios muebles y cuadros de gran valor.

La segunda penetró por las puertas del tercer balcon del piso primero en la fachada de la calle Ancha de la Acequia Podrida, y penetrando en el interior del salon, destruyó cuadros de incalculable valor y varios muebles del salon y horadando el piso, bajó á la parte inferior de la casa, destruyendo puertas, tabiques y cuanto habia en derredor.

La tercera cayó sobre la parte derecha del edificio; destruyó el terrado, tronchando una viga gruesísima de las que forman parte de la techumbre, pasó á la sala del piso segundo, en donde destruyó parte del piso, puertas, muebles y algun tabique; de allí pasó por junto á una escalera secreta, y á su paso destruyó el interior del gabinete particular del señor marqués, situado en la parte derecha del entresuelo; allí destruyó cuanto habia, y colándose á través del piso, fué á estallar dentro de la cochera. Este proyectil es el que mas destrozos hizo; derribó tabiques, convirtió en ruinas toda la techumbre que formaba el piso del gabinete; destruyó los carruajes que allí estaban depositados, siendo estos una magnífica carretela

de reciente construccion, y pocas veces usada, una tartana, si no estamos equivocados, y un carruaje de los llamados Victoria, nuevo tambien, salvándose solo el faeton, que por una rara casualidad no fué destrozado por la bomba que cayó por la media naranja.

Las granadas, si bien hicieron daño, no puede este compararse con el ocasionado por las bombas.»

«En el Mercado Nuevo cayó una bomba que, despues de atravesar el techo, vino á dar junto á una de las columnas, que fué completamente al suelo, dividiéndose en varios trozos. El proyectil quedó hundido en tierra junto á los destrozos de dicha columna.»

«Otro de los puntos donde mas estragos hizo el bombardeo es la calle de Gracia, cuyos vecinos, por otra parte, habian sufrido en los dias anteriores las molestias y zozobras consiguientes á un vivísimo y empeñado fuego de fusilería. Junto á la tienda de la Concepcion, una bomba cayó en medio de la calle, y los cascos de ella se estrellaron con furia en las fachadas de algunas casas inmediatas, abriendo boquetes de consideracion, destruyendo y rompiendo puertas, balcones, etc. En las inmediaciones, sobre una casa nueva, propiedad del Sr. Asensi, cayeron asimismo dos proyectiles huecos; una granada que estalló en el tejado mismo y cuyos cascos penetraron al interior, y una bomba que, rompiendo tejado y techo, reventó en el tercer piso, y parte de la cual, horadando el suelo bajó hasta el segundo.»

«Una de las calles mas castigadas por el bombardeo del dia 16, es la de Sorolla, especialmente en la parte comprendida desde la calle Ancha á la del Torno.

En solo aquel pequeño trozo cayeron siete proyectiles huecos: uno de ellos, granada de siete pulgadas, disparada por la bateria de Patraix, entró por el tercer piso de una casa, cuya puerta principal da á la calle de los Angeles, lo atravesó y reventó en el segundo, donde no dejó señal de habitacion; otros dos proyectiles cónicos de cañon rayado entraron en el desvan de la casa del lado, quedando uno clavado en el techo y otro en el suelo, ambos sin estallar á causa de haberseles desprendido al chocar la cápsula con fulminante.

En el almacen de donde se surte la guarnicion de comestibles, sito en la misma calle, tambien fueron á caer dos gra-

nadas sin causar desgracias personales, con la particularidad de que una de ellas reventó al dar contra un saco de garbanzos que estaba junto á un sofá donde se encontraba recostado un dependiente del establecimiento, sin lastimarle en lo mas mínimo.

En frente de dicho almacén entró otra granada que tampoco causó daño de mucha importancia. No así en la casa núm. 7, en cuyo segundo piso entró una bomba con tal ímpetu, que al hacer esplosion derribó todas las paredes de los cuartos interiores, destrozó las puertas, rompió cristales y batería de cocina, é hizo añicos todo cuanto encontró delante sin dejar intacto mas que el salencito que da á la calle. Los vecinos que habitaban en este piso hacia pocos momentos que se habian bajado al principal y no tuvieron desgracia alguna si se esceptúa una ligera herida que un ladrillo hizo en la frente del cabeza de familia, oficial retirado, que fué á abrir un balconcito del piso en que se habian refugiado, al mismo tiempo que entró la bomba derribando paredes.»

«El molino de la Robella ha quedado en estado tal, que ha habido que apuntalarlo porque amenaza ruina; en las espaldas tiene á mas un gran boquete. Uno de los cascos de la bomba dió, estropeándola, con la pila de mármol de la horchatería próxima.

En la calle de San Antonio han sufrido desperfectos dos edificios que han sido de mayor consideracion en otros dos de la calle de los Angeles.

En una casa de la calle de la Sequiola quedaron asolados dos lienzos de pared. En la del Hospital, frente al horno del mismo nombre, y en otros sitios de la misma calle, tres casas se han convertido casi por completo en escombros.

Un proyectil cayó en una casa escalerilla de la calle de Embañ, destrozando el buque de esta en tales términos que dejó incomunicadas las habitaciones.

Una tienda de vinos de la calle de Calabazas muestra bastantes desperfectos, y en la de la Bedella dos edificios han quedado en mal estado y otro completamente destruido. Por último, en las monjas del Pié de la Cruz una bomba cayó horadando todos los pisos hasta estallar en el bajo. Creemos que por desgracia aun podia ser mas estensa esta lastimosa relacion, cuya impresion puede tan solo paliar un tanto el no tenerse apenas noticia de que produjeran los proyectiles en los edificios mencionados desgracias personales; solamente hemos oido que en la calle Ancha hubo un muerto y en alguna otra algun herido, pero siempre muy poco lo que de esto ha llegado á nuestros oídos.»

FÉ DE ERRATAS.

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
46	12	es falso , completa- mente falso.	son falsas, completa- mente falsas.
111	25	encontraon.	encontraron.
119	33	reunió.	reunieron.

Advertencias.

Uno de los dos oficiales de Voluntarios muertos en la plaza de Cajeros cuando el triste episodio del sargento de Sevilla, no se llamaba Ramon sino Antonio Bartolí.

A instancias de mi amigo Sr. Salinero, me apresuro á hacer una rectificacion que le atañe muy de cerca. Es falso que dicho señor se hallara en la barricada de la calle del Mar en la tarde del dia 16, pues que aquel puesto de peligro se hallaba encomendado á la compañía del bravo capitan Monserrat; y aunque es cierto el encuentro del Sr. Salinero con su hermano y su mision cerca de Primo de Rivera, no lo es el que esto sucediera por la tarde sino por la mañana.

De este modo, aunque los hechos no se desfiguran, queda sin embargo en el lugar que le corresponde el Sr. Salinero, cuya escesiva franqueza me ha obligado á hacer esta pequeña aclaracion.

DE LAS ERRATAS

119	120	121	122	123	124	125	126	127	128	129	130	131	132	133	134	135	136	137	138	139	140	141	142	143	144	145	146	147	148	149	150	151	152	153	154	155	156	157	158	159	160	161	162	163	164	165	166	167	168	169	170	171	172	173	174	175	176	177	178	179	180	181	182	183	184	185	186	187	188	189	190	191	192	193	194	195	196	197	198	199	200
-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----	-----

Advertencias.

No debe de olvidarse que el presente es un libro de erratas y no de texto. Por lo tanto, no se debe de leer como tal, sino como un complemento a la obra principal. En consecuencia, no se debe de leer de corrido, sino que se debe de ir leyendo a medida que se va leyendo la obra principal. Esto es, se debe de ir corrigiendo las erratas a medida que se van leyendo la obra principal. En consecuencia, no se debe de leer de corrido, sino que se debe de ir leyendo a medida que se va leyendo la obra principal. Esto es, se debe de ir corrigiendo las erratas a medida que se van leyendo la obra principal.

